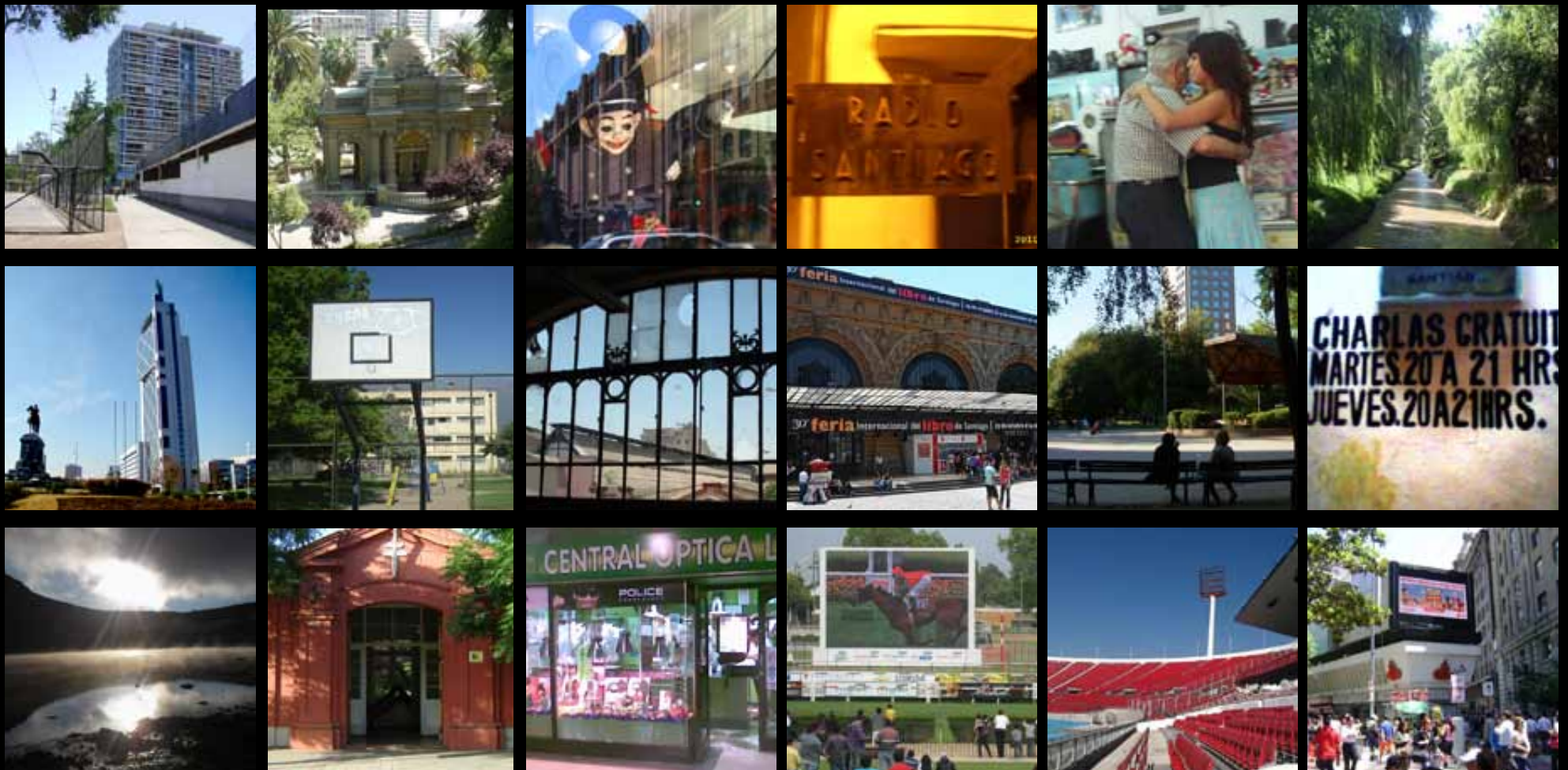
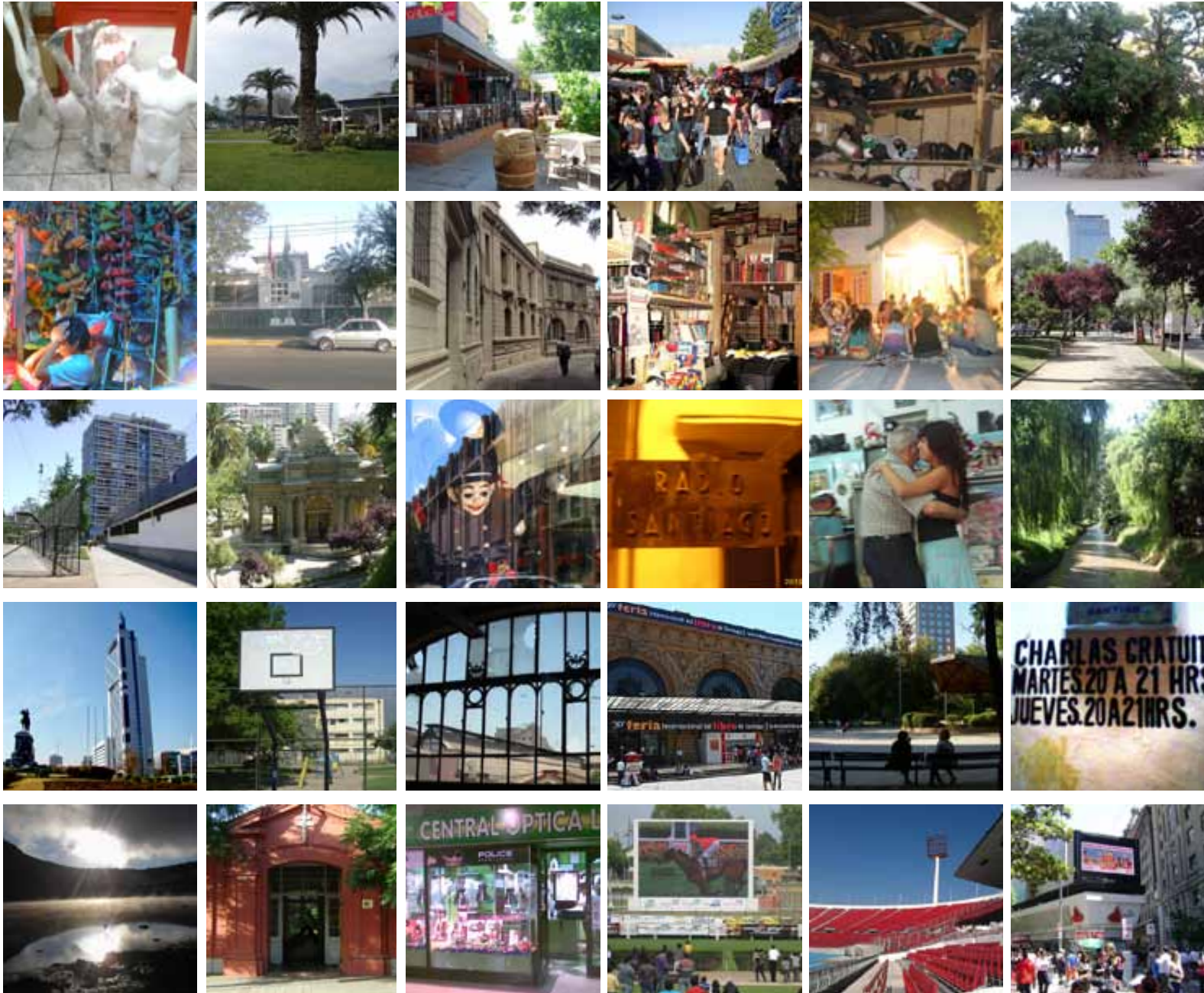




Santiago en extinción

30 lugares amenazados por el tiempo





Santiago en extinción

30 lugares amenazados por el tiempo

Nicolás Rojas Inostroza (editor)

Carolina Acevedo
Óscar Alarcón
Aristeo Andrés
Alexander Burchardt
Valentina Burgos
Sebastián Campos
María Francisca Carvajal
Francisca Casanova
Natividad Espinoza
Paula Fredes
Valeria González
Daniela González
Felipe Guerra
María Ester Huerta
Valentina Ibarra
Estefanía Labrín
Eva Lehto
Javiera Martínez
Catalina Moya
Daniela Orellana
Juan Pablo Pavón
Camila Rebolledo
Francisca Recabarren
Alfredo Rojas
Roberto Rubio
Gabriela Segura
Kevin Tarud
Sebastián Vera
Santiago Valdés
Giannina Varnero
Javiera Yáñez

Santiago en extinción, 30 lugares amenazados por el tiempo.

Publicación digital de la Escuela de Periodismo del Instituto de la Comunicación e Imagen (ICEI) de la Universidad de Chile.

Publicado con el apoyo del Sistema de Servicios de Información y Bibliotecas (SISIB) de la Universidad de Chile.
Primera edición, 2011.

Edición

Nicolás Rojas Inostroza

Corrección de pruebas

Nicole Cardoch Ramos

Diseño y diagramación

Patricio Ibarra Baeza

Instituto de la Comunicación e Imagen
Universidad de Chile
Capitán Ignacio Carrera Pinto 1045, Ñuñoa, Santiago de Chile.
Teléfono: (56 2) 9787905
Correo electrónico: icei@uchile.cl
Sitio web: www.periodismo.uchile.cl



Este libro digital se encuentra bajo una Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 3.0 Unported.

Autores

Carolina Acevedo
Óscar Alarcón
Aristeo Andrés
Alexander Burchardt
Valentina Burgos
Sebastián Campos
María Francisca Carvajal
Francisca Casanova
Natividad Espinoza
Paula Fredes
Valeria González
Daniela González
Felipe Guerra
María Ester Huerta
Valentina Ibarra
Estefanía Labrín
Eva Lehto
Javiera Martínez
Catalina Moya
Daniela Orellana
Juan Pablo Pavón
Camila Rebolledo
Francisca Recabarren
Alfredo Rojas
Roberto Rubio
Gabriela Segura
Kevin Tarud
Sebastián Vera
Santiago Valdés
Giannina Varnero
Javiera Yáñez

Prólogo

“Si quieres ser universal, habla de tu aldea”

Antón Chéjov

Prólogo

Lugares en tránsito al olvido

En 1997 se publicó “El Santiago que se fue: Apuntes de la memoria”. El texto reunía nostálgicas crónicas escritas por el investigador César Octavio Müller, más conocido como Oreste Plath. En el prólogo de la publicación póstuma, el escritor describió al libro como “un recorrido por la memoria, recuerdos de la vida literaria de hace cincuenta años, es la memoria del corazón o repertorio de la amistad. Ocurrencias que celebramos en el mesón literario. Conversaciones, diálogos, que se vivieron en restaurantes, bares, salones de té, confiterías, como contertulio o comensal. No juzgo a los compañeros, prefiero comprenderlos. Episodios significativos que se vieron tal como los vi, los oí y de esta manera los recogí”.

Durante el segundo semestre de 2010, luego del bullado Bicentenario, se comenzó a gestar la idea de anticiparse a la memoria a través de un libro que recogiera diversas miradas. El objetivo principal era adelantarse a la nostalgia, presente en los valiosos recuerdos de Plath, bajo la premisa de describir lugares de Santiago que estuvieran, a juicio de cada estudiante de primer año de periodismo de la Universidad de Chile, condenados a desaparecer en los próximos 50 años. Además, cada texto debía contener un final de ficción que relatara el fin del espacio. Ése fue el último trabajo encomendado a los alumnos de la ayudantía del Taller de Redacción Periodística, cátedra dirigida por el periodista Gustavo González.

El resultado de este experimento fue tan diverso como sus redactores. Plazas, cerros, edificios históricos, barrios, canchas, locales, clubes, liceos, lagunas, centros culturales, estadios, radioemisoras y estaciones forman parte de este conjunto de lugares declarados, arbitrariamente, en peligro de extinción.

Santiago de los viejos extremos

La diversidad esbozada en los párrafos precedentes se materializa a través de textos insertos en lugares distantes entre sí. Uno de ellos es un edificio ubicado en el sector menos conocido de Ñuñoa. Catalina Moya recoge la historia de la 33° Comisaría de Carabineros de Chile. En ese espacio funcionó, hace un par de décadas, un colegio inserto en el esplendor de la educación pública chilena. Luego del Golpe Militar de 1973 el establecimiento pasó a convertirse en un cuartel policial. “Harto cariño le había tomado la gente a los carabineros, hasta los mismos traficantes eran amigos de ellos. Incluso en la población se formaron algunas familias con padre policía. Ése fue el problema, cuando la gente pobre se encariña con algo, vienen y se lo quitan”.

Sólo a un par de cuadras de la comisaría se ubica la Villa Olímpica. Daniela González da cuenta del tránsito que ha sufrido el emblemático barrio, recordando los gloriosos años del Mundial de Fútbol de 1962 (en el que Chile obtuvo un recordado tercer puesto). Hoy, dice el texto, “ya no queda ningún jugador profesional para dar cátedra deportiva, sólo profesionales que dan cátedra sobre la caña”.

Donde aún existen las cátedras deportivas es en el histórico Estadio Nacional, ubicado a un costado de la Villa Olímpica. Felipe Guerra plantea que “el ‘coloso niñoño’, como le llaman algunos periodistas, es un fiel reflejo de la sociedad actual. Está dividido en muchos sectores, los que se reparten de acuerdo a quien oferte más”. Bajando por avenida Matta llegaremos a “Colmo burgués”, relato en el que Santiago Valdés cuenta cómo se divide el acceso a las dependencias del Club Hípico de Santiago. “Entre el camino y la pista, en la grada de los 500 pesos, hay una baranda que no supera el metro y medio. En cambio, en el sector de las gradas de 300 pesos el espacio es separado con una reja de algo más de dos metros”.

Arriba en la cordillera, como en la canción de Patricio Manns, se encuentra la desconocida Laguna del Franciscano. Este atractivo natural es descrito detalladamente por Alexander Burchardt: “Las travesías solamente se pueden hacer en los meses de verano, pues el potente invierno que azota la cordillera desata un embrujo que hace morir la laguna durante el invierno, paralizando durante seis meses toda la alta montaña”.

La mayor parte de la historia de la capital se ha desarrollado alrededor del centro histórico establecido por los conquistadores a mediados del siglo XVI. El sector de la Plaza de Armas no podía estar ausente en nuestro itinerario de viaje.

Prólogo

Francisca Casanova recogió la historia de una añosa “sombrerería” que funciona hasta hoy. “Corría 1922 cuando la familia González adquirió una marioneta mecánica parisina. Se trataba de un simpático muñeco vestido de botones con un bastón que golpeaba. Los locatarios decidieron ponerla adentro del escaparate de tal manera que cada vez que el muñeco moviera su bastón éste golpeará la vitrina que daba a la calle. El furor fue inmediato”.

El lector podrá aprovechar el viaje a la tienda del monito y devolverse unas cuadras hasta el lugar que fue conocido, al igual que en España, como Plaza Mayor. Desde ese punto podrá ingresar en el relato de Óscar Alarcón, quien relata las primeras visitas de un niño que descubre el Paseo Ahumada junto a su padre. “Notará que la gente corre, comerá cosas distintas, se encontrará con un ajetreado tráfico de automóviles y buses que jamás esperará ver en su pueblo. Observará que las personas son distintas y llegará comentando que sus habitantes perdieron el brillo de su vida. Incluso la capacidad de sorprenderse”.

Al finalizar el paseo notará un gran edificio amarillo y, detrás de éste, una grisácea construcción. Se trata del Instituto Nacional, el establecimiento educacional público más antiguo del país. Otro de ellos, ubicado más hacia el poniente, es el Liceo de Aplicación. Roberto Rubio, ex alumno del colegio, sentencia: “El Liceo de Aplicación está muerto. Es un cadáver arquitectónico en descomposición ubicado en el centro de Santiago. Sus dos edificios, Cumming 21 y Cumming 29, observan impávidos cómo el resto de la ciudad se desarrolla mientras ellos continúan ahí, simplemente siendo parte del paisaje”.

Pero Santiago no es Chile, ni el centro es Santiago. Desde El Bosque, Javiera Yáñez recoge la historia de dos hombres que comparten el nombre, el apellido y el amor por el moribundo oficio de la zapatería. “Si decido dedicarme a trabajar los fines de semana aparte del trabajo en la semana, tendré que buscar una pega que me sirva, que me sea útil en términos de plata. Mi familia tiene que estar primero y las deudas no se pagan con recuerdos, por mucho que eso duela”, cuenta Sergio Sepúlveda hijo.

Finalmente, en honor a la integridad de los 30 textos, llegamos a una cancha rayada (de risas). Sebastián Vera recuerda con nostalgia las calles donde creció como “un lugar de barrio, cotidiano, donde los hogares se encuentran a poca distancia del sitio. La gente, las familias, en general todos se conocen, quizás no profundamente, pero encontrar una cara desconocida rondando la plaza o caminando por la calle, hace pensar enseguida en que ese individuo está de paso”.

Concluyo estas líneas manifestando mi agradecimiento a los autores por su trabajo en el hallazgo de estas historias, a Nicole Cardoch por su animosa corrección de pruebas, a Patricio Ibarra por su colaboración en el diseño y a los profesores Gustavo González y Alejandro Morales por su compromiso con la concreción de este libro.

Es de esperar que estas páginas contengan 30 estimaciones equivocadas de desaparición urbana. Pero ante la incertidumbre, no está de más dejar constancia.

Nicolás Rojas Inostroza
Ayudante de las cátedras de Redacción Periodística y Taller de Redacción Periodística
Instituto de la Comunicación e Imagen de la Universidad de Chile
Otoño de 2011

Índice

Locales y canciones en mono

Más mágico que gorro de mago
Francisca Casanova - pág. 11

El pez más grande se come al más chico
Javiera Martínez - pág. 13

Voces que salen desde los árboles
Gabriela Segura - pág. 15

En los zapatos del presente
Javiera Yáñez - pág. 17

Donde Manuel Rodríguez baila tango
Valeria González - pág. 19

El destino de Babel: Don Hugo y el silencio
de los ñuñoínos
Natividad Espinoza - pág. 22

El verde esmog

El ojo de Los Andes
Alexander Burchardt - pág. 24

Se cayó el jacarandá - pág. 26
María Francisca Carvajal

“Y esta vez no me pillaron” - pág. 28
Estefanía Labrín

Un oasis urbano - pág. 30
Kevin Tarud

Barrios de ofertas, fiestas y pichangas

Un respiro al agitado Santiago - pág. 33
Carolina Acevedo

Los titanes de Grecia - pág. 35
Daniela González

Sin Victoria, Chile no pisa bien: el ocaso del
calzado chileno - pág. 37
Valentina Ibarra

El barrio de la jarana - pág. 39
Francisca Recabarren

La mejor alternativa - pág. 41
Alfredo Rojas

Centros culturales: hippies, libros y un maniquí

Taller Sol: el ocaso de una época
Paula Fredes - pág. 44

La casa del maniquí en el techo
Daniela Orellana - pág. 46

De hippies, circo y marihuana
Camila Rebolledo - pág. 48

Paseos y vueltas por la plaza

Santiago es un paseo
Óscar Alarcón - pág. 51

La plaza que nunca fue
Aristeo Andrés - pág. 53

El parque olvidado
Valentina Burgos - pág. 55

Verde oasis en la urbe
Sebastián Campos - pág. 57

Las puertas de un pulmón
María Ester Huerta - pág. 59

Cancha rayada de risas
Sebastián Vera - pág. 61

Espacios públicos (o con público)

Galerías que relatan la historia de un país
Felipe Guerra - pág. 64

Club de Abstemios, club de todos
Eva Lehto - pág. 66

Los pacos nos echaron
Catalina Moya - pág. 67

Próxima parada: Estación de los recuerdos
Juan Pablo Pavón - pág. 69

Las ruinas de Schneider
Roberto Rubio - pág. 71

Colmo burgués
Santiago Valdés - pág. 73

La otra puerta del Cementerio General
Giannina Varnero - pág. 75

Locales y canciones en mono

Más mágica que gorra de mago

Sombrerería Donde Golpea el Monito • 21 de mayo 707, Santiago centro

Francisca Casanova



COMO MUCHAS DE LAS BUENAS IDEAS QUE INUNDAN LA IDIOSINCRASIA DE UN PAÍS ALEJADO DEL MUNDO, LA CLÁSICA SOMBRERERÍA DONDE GOLPEA EL MONITO FUE BAUTIZADA BAJO ESE NOMBRE GRACIAS AL INGENIO DE LOS CHILENOS QUE HABITABAN SANTIAGO HACE CASI UN SIGLO.

Por aquellos años en que el sombrero igualaba a la corbata en cuanto a importancia, José González Noruega y su familia decidieron responder a la necesidad de los santiaguinos de cubrir sus cabezas con sombreros a medida. Así nació en la esquina de 21 de Mayo, bajo el número 707, la tienda bautizada con el poco original nombre de "Fábricas Unidas Americanas de Sombreros". No extraña la denominación si recordamos que en 1915 todo remedio se vendía en la botica bajo el nombre del mal que curaba.

Corría 1922. El país atravesaba una severa crisis. Por esos días se funda el Partido Comunista y se realiza la primera transmisión de radio en el país. Ese mismo año tuvo lugar el segundo terremoto más grande de la historia en Vallenar (8.5 grados en la escala de Richter). En este período la familia González adquirió una marioneta mecánica parisina. Se trataba de un simpático muñeco vestido de botones con un bastón que golpeaba. Los locatarios decidieron ponerla adentro del escaparate de tal manera que cada vez que el muñeco moviera su bastón éste golpeará la vitrina que daba a la calle. El furor fue inmediato.

Puede que haya sido la novedad del mecanismo con que funcionaba el muñeco o puede que hayan sido sus profundos ojos traviosos, casi malévolos, negros sobre una piel pálida de cera. El mito urbano dice que fue sencillamente el hecho de que golpeará el vidrio, obligando a los transeúntes a volver la vista al lugar desde donde el muñeco los llamaba.

Lo que sí es cierto es que logró captar la atención. Ahora los santiaguinos utilizarán como punto de encuentro la esquina de la tienda. El punto de

Más mágico que gorra de mago

colisión ya no sería la “Fábricas Unidas Americanas de Sombreros”, sino que sencillamente “allí, hombre, donde golpea el monito”. Así, como buen chileno que tiene problemas con el vocabulario y prefiere usar la palabra “monito” para referirse a cualquier ente con características de dibujo animado.

Los González no esperaron más y, siempre llenos de buenas ideas, renombraron la tienda como “Aquí Golpea El Monito”. Poco tiempo después se convirtió en “Donde Golpea el Monito”. El resto es historia.

Han pasado varios años y otro par de terremotos. Llegó la televisión, un Golpe de Estado por aquí, que el milagro chileno por acá. Aun así el monito sigue golpeando sobre el vidrio de la sombrerería que poco ha cambiado desde sus inicios. Hoy es la cuarta generación de González a cargo de la tienda que aún se mantiene en pie en la misma esquina, cerca del Mapocho.

Las lámparas siguen colgando del techo que es tan alto como entonces, las repisas de madera pintada aún se elevan por varios metros, el suelo de tablas —por donde han pasado cientos de virutillas— cruje un poco más con cada año que pasa y las murallas mantienen ese immaculado color ámbar y dorado.

Cada comprador que entra a “Donde Golpea el Monito” es atendido de la misma forma que en el siglo pasado. Los vendedores le miden la cabeza y van en busca del sombrero perfecto: de calle, para la lluvia, de paño indiana, de pita, de trigo o de paño huaso.

El muñeco ha sido pintado varias veces, pero aún se mantiene en pie con su incansable toctoctoc que ha trizado un par de veces la vitrina tras cientos de miles de golpes.

La sombrerería es la única que queda en el centro de Santiago, pues las multitiendas han acaparado el comercio que alguna vez sólo le perteneció a la familia González. Hace un par de años incluso llegaron los jockeys a la antiquísima tienda.

El 6 de julio de 2034 las máquinas invadieron el centro de Santiago, esquivando a los cientos de protestantes que con pancartas marchaban en contra de la constructora que tenía el trabajo de demoler las últimas tiendas de la calle 21 de Mayo. Los trabajos comenzaron a las 18 horas y partieron por la histórica sombrerería “Donde Golpea el Monito”, la cual fue derribada con todo su equipamiento.

“Les advertí a los dueños que eventualmente tendríamos que demoler, ellos no quisieron desalojar, por lo que no tuvimos otra opción. Aún siento el toctoc del mono ése”, declaró Jaime Soto, encargado de los trabajos de demolición.

El pez más grande se come al más chico

Central Óptica Limitada • Huérfanos 635, local 28, Santiago

Javiera Paz Martínez



EL CENTRO DE SANTIAGO ALBERGA LA HISTORIA MÁS ÍNTIMA DEL COMERCIO DEL PAÍS. LAS MÁS LLAMATIVAS TIENDAS Y NEGOCIOS SE UBICAN ENTRE LA ALAMEDA Y EL RÍO MAPOCHO. EL DOWNTOWN ES CONOCIDO POR LA CONGESTIÓN DE SUS CALLES, LA CONTAMINACIÓN ACÚSTICA, EL SMOG, LOS ALTOS EDIFICIOS NUEVOS Y, EN ESPECIAL, POR LA VARIOPINTA GENTE QUE POR ALLÍ CIRCULA. EL CENTRO SE HA TRANSFORMADO EN UNA ZONA TURÍSTICA DE SANTIAGO. POR ALLÍ CIRCULAN TRANSEÚNTES QUE OCUPAN LAS CALLES SÓLO COMO PASADIZOS DE UNA OFICINA A UN RESTORÁN, TRABAJADORES Y COMERCIANTES QUE PASAN SU DÍA EN LA CALLE INTENTANDO VENDER ARTÍCULOS SIN BOLETA. INCLUSO HAY OTROS PARA LOS QUE LAS CALLES DEL CENTRO SON SINÓNIMO DE HOGAR.

En esa selva de cemento es donde se ubicaba la Central Óptica Ltda. Hace 50 años abrió como un pequeño negocio de lentes a cargo de la señora Gladys Sarmiento y de su marido, don Héctor Rojas. El matrimonio decidió arrendar el local 28 de la Galería La Merced. El pasaje, con los años, fue llenándose de distintos negocios con afamados rubros. En la esquina de Miraflores con Huérfanos se ubicó una librería, que en los noventa fue comprada por la Feria Chilena del Libro. En ese pasillo y frente a la Óptica, se puso un negocio muy amplio de comics. Al costado de la Central llegó, por los mismos años setenta, la sastrería Castro. Por el otro pasillo estaba, desde los cincuenta, la conocida Armería Aragón, a cargo del español Guillermo Martínez de Pablo. En la otra esquina se ubicó una relojería.

Con el pasar de los años el negocio de lentes se transformó en la Central Óptica Limitada, un negocio con un gran cartel que ya no sólo vendía anteojos sino que también lentes de contacto y lentes de sol. El local se renovaba con muchos espejos, luces y vidrieras.

La galería tenía un ambiente especial. Sus amplios pasillos rodeados de vitrinas eran interrumpidos por una reja negra de estilo colonial que abría hacia el patio interior de un convento de monjas. El jardín que se podía divisar llamaba la atención de compradores y vendedores. Estaba lleno de flores y plantas muy bien cuidadas alrededor de una pileta blanca. El olor y la humedad del "jardín secreto" contrastaba con el viento y el smog de las calles colindantes.

El pez más grande se come al más chico

En ese espacio se desarrolló la vida del matrimonio Rojas-Sarmiento hasta 1998, año en que don Héctor murió de un ataque al corazón. De ahí en adelante Gladys se aferró a su negocio y, más allá de las complicaciones que traía al rubro la llegada al país de las ópticas transnacionales, le puso más esfuerzo que nunca. Contrató más personal y llamó a sus clientes frecuentes a no olvidar la clásica Central Optica Ltda.

En el año 2010 la galería ya lucía más bien decaída. Las diferencias entre las tiendas antiguas y las nuevas se hacían notar. Con una iluminación gastada, el piso roído y las paredes sucias, la galería actuaba más como atajo entre calles que como una atracción por sí misma.

La Feria Chilena del Libro ya había comparado tres locales contiguos y se había transformado en un magnate de la venta de libros, desarticulando a las antiguas librerías de Huérfanos. La sastrería se ha quedado con un solo vendedor; su dueño don Sergio Valderrama, quien con casi 75 años sigue esperando en su silla a algún cliente que desee un traje a la medida.

La tradicional Armería Aragón había cerrado en el 2005, debido a la muerte de su dueño. A pesar de los esfuerzos de la familia, no se pudo mantener el negocio en pie sin don Guillermo y su experticia en la pesca. Sobre esa esquina se posicionó la marca de comida congelada Jorge Didier.

También llegaron nuevos negocios que renovaron el espacio, como la tienda de ropa femenina Pamela Osorio, a cargo del hijo del ex dueño de la armería, Guillermo Martínez Junior.

A pesar de la nueva conformación de los integrantes de la galería, doña Gladys siguió en pie pensando que en su rubro las grandes tiendas internacionales no eran competencia. Y decía: "En esto de la óptica cada uno tiene su público, además ellos no pueden competir con nuestros precios, son más bajos y es la misma calidad".

La óptica lucía un cartel verde muy llamativo. Bajo él había dos vitrinas iluminadas que, sobre telas rojas, albergaban los anteojos en distintos tipos de sostenedores (algunas cabezas de maniqués con lentes de sol y fotos de modelos usando gafas).

Adentro, un mesón verde con vidrio recibía al cliente. Atrás, decenas de modelos de anteojos se reflejaban en las paredes revestidas de espejos que configuraban un estilo minimalista del local.

Año 2022. Las ventas no estaban mal y doña Gladys pasaba su tercera edad en tranquilidad junto a su negocio estable hasta que un día le llegó un correo electrónico certificado con copia impresa. Una hoja de oficio anunciaba que la galería sería vendida completa para ser reemplazada por un nuevo mall en el centro. "Mall Huérfanos" se llamaría la mole que se posaría sobre la galería y el monasterio que la colindaba. Nada que hacer, la mayor parte de los dueños vendieron o remataron sus cosas. Otros pocos, como la tienda de ropa femenina, compraron un local dentro del centro comercial que iba a ser construido.

Doña Gladys, con 79 años, decidió cerrar el negocio que durante toda su vida le había dado el sustento. Cuando cerró la puerta por última vez se dio cuenta de su equivocación. Los peces más grandes sí se comen a los más chicos.

Voces que salen desde los árboles

Radio Santiago (690 AM) ● Triana 868, Providencia

Gabriela Segura



LUEGO DE CAMINAR POR ALGUNOS PASAJES ESCONDIDOS ENTRE ÁRBOLES FRONDOSOS DE GRAN TAMAÑO, Y CALLES ANGOSTAS COMO LAS DE UNA PEQUEÑA CIUDAD, SE ENCONTRABA UNA ANTIGUA CASA BLANCA DE DOS PISOS, PROTEGIDA POR UNA DIMINUTA PARED AZUL. FRENTE A ELLA, UN ÁRBOL INDICABA LA PUERTA DE ENTRADA.

Calle Triana 868, comuna de Providencia, Santiago. Aquel lugar no resaltaba en lo absoluto. Sin embargo, entre los dos pilares que señalaban la puerta, uno indicando el número con letras escritas con pintura blanca, se distinguía a un costado una placa de metal, gastada y oxidada, en la que letras doradas indicaban: Radio Santiago.

Era un barrio antiguo. Colores sutiles, protecciones débiles, balcones al más puro estilo de la escena de "Romeo y Julieta" y árboles que aislaban los hostiles rayos de sol y suavizaban las altas temperaturas de la Región Metropolitana. Radio Santiago era uno de esos inmuebles. Lo que se destacaba a simple vista era una antena que, apuntando hacia el cielo, ratificaba lo anterior. Además, se apreciaba un pequeño letrero en la ventana del segundo piso en el que se leía "Santiago" bajo un confuso dibujo de un micrófono.

En la acera los autos eran escasos y los pocos que se encontraban estacionados en la vía habían tenido que pasar infinitas curvas antes de llegar al lugar. Lo más probable es que la dirección no la ubicaran en seguida y que deambularan por calles similares hasta encontrar este sencillo pasaje.

Al entrar al 868 por una estrecha puerta azul y luego de subir tres pequeños escalones, un vacío se apoderaba del lugar. La luz disminuía y una escalera en forma de curva con pasamanos dorado indicaba el próximo destino, en el que aparentemente la luz volvía a brillar. Luego de subir una escalera que con cada paso emitía un sonido distinto, los rayos del sol se dejaban caer con facilidad. Una ventana sin cortinas así lo permitía. Las paredes dejaban de ser de material arcaico. El escenario ahora estaba construido de material ligero que separaba algunas salas. La decoración era escasa y los cables abundaban.

Voces que salen desde los árboles

El ambiente era solitario. Sin voces que hablaran en esa habitación. Sólo había un hombre con audífonos enormes que manejaba un aparato con más de 50 teclas diferentes dejando escapar el sonido despacio de las transmisiones del momento. Era fácil oír algunas palabras.

En otro lugar los micrófonos circulares y negros se mantenían colgados, sin nadie a su alrededor. La mesa antigua y las sillas estaban vacías, pero las voces se seguían oyendo cada vez con más fuerza. Desde la ventana se apreciaba nuevamente el árbol de la entrada que separaba la radio de la realidad de la ciudad.

La sala principal era más iluminada que las otras y su decoración estaba compuesta por algunos trozos de esponja color gris en las paredes. El objetivo era aislar el ruido del exterior. Una ventana permitía la vista a la sala del hombre de los audífonos. En la misma dirección se volvía a apreciar el árbol, como si sus hojas capturaran la voz. Si un transeúnte pasaba por fuera de ese sitio y el sol se reflejaba en el letrero, no se percataría de que se trataba de una estación radial. Quizás hubiese pensado que era otra casa tradicional. Lo cierto es que las voces y la música no pasaban inadvertidos, es como si los árboles estuvieran hablando desde donde el sonido empezaba su viaje hacia la ciudad.

El 13 de marzo de 2033 un nuevo Presidente de la República asumió en el país. Su nombre era Pepe Poza. Se trataba del primer Presidente sordo del mundo, por lo que se esperaba hiciera mejoras para esta minoría.

Las medidas no tardaron en llegar. Cada vez la población estaba más conforme con el desempeño de aquel hombre que hacía sus discursos en lenguaje de señas y con presentaciones en power point. Las señas cada vez se hacían más masivas, en los colegios este lenguaje era tan obligatorio como el idioma inglés.

Un día el Presidente Poza tomó una decisión determinante. Chile no debía seguir contaminado por el ruido y por la voz, por lo que decidió mandar a silenciar todos los canales de televisión y las radioemisoras. Lo único que se transmitiría serían letras e imágenes, matando por completo a las cerca de 100 radioemisoras que funcionaban a lo largo del país. Los dueños de Radio Santiago se opusieron y siguieron transmitiendo de forma clandestina hasta que fueron exiliados. La casa con el árbol desde donde las voces salían al mundo ahora le pertenecía al Estado que transformó el sitio en la “Casa de la Lectura”. Allí el silencio era fundamental.

En los zapatos del presente

Zapatería de Don Checho ● Pasaje Rancagua 226, El Bosque

Javiera Yáñez



RECORRIENDO LOS BARRIOS DE GRAN AVENIDA, EN LA COMUNA DEL BOSQUE, SE ENCUENTRA EL PEQUEÑO PASAJE RANCAGUA. A SIMPLE VISTA SÓLO SE DISTINGUE UNA CALLE SIN SALIDA QUE PRESENTA UNA FACHADA DE CASAS SIMILARES Y ANTE JARDINES PEQUEÑOS PARA CADA UNA DE ELLAS. SIN EMBARGO, INDAGANDO UN POCO MÁS, SALE A LA LUZ EL DATO DE QUE EN DICHO PASAJE HAN VIVIDO LAS MISMAS DOCE FAMILIAS POR MÁS DE SESENTA AÑOS.

Entre estas casas y jardines es donde se encontraba, sin aviso, una zapatería que llevaba cerca de medio siglo funcionando. A pesar de ser conocida y reconocida por todos los habitantes del sector, nadie sabía su nombre de fábrica, mas sólo la identificaban por el nombre de su dueño, Sergio Sepúlveda. “Checho”, como le decían sus vecinos, murió el año 2000 por cáncer de estómago dejándole a Sergio, su hijo mayor, la fuente de trabajo de toda su vida.

La zapatería que en los últimos años atendía el “chechito chico”, como le dicen con cariño, no tiene ni tenía ningún elemento que indique la labor que allí se realiza. No había letreros ni señales, es más, el lugar era una casa común que tiene en el patio de atrás un taller de madera, pequeño y roído por el paso del tiempo. Lo importante, dice Chechito, es que “todos saben lo que acá hago, y confían en mi trabajo, tal como confiaron durante años en el que hacía mi padre. Él fue el que me enseñó desde pequeño a manejarme con esta labor y muchos de los que hoy son mis clientes fueron testigos de eso”.

En algún momento, cuentan los vecinos, esta zapatería tuvo su época de gloria. Don Sergio era conocido como una gran zapatero, pero el correr de los años, la modernización y en suma su enfermedad, tenían al lugar funcionando más por nostalgia que por necesidad. Sergio Sepúlveda hijo explica que en paralelo a la labor de zapatero, también trabajaba como contador auditor de una empresa privada y sólo se dedicaba los fines de semana a reparar los calzados de sus tradicionales clientes. “Muchos de ellos son viejos amigos de mi padre, personas a los que yo respeto mucho y valoro, por eso me esmero en hacer un buen trabajo”, cuenta.

En los zapatos del presente

Sin embargo, estaba consciente de que no podría seguir manteniendo el legado de su padre funcionando por mucho tiempo más. Necesitaba tiempo para su familia y para adelantar trabajo. Además, el dinero que recaudaba por los arreglos de calzado tampoco lo motivaba de sobremanera para seguir esforzándose para mantener el negocio. “Si decido dedicarme a trabajar los fines de semana aparte del trabajo en la semana, tendré que buscar una pega que me sirva, que me sea útil en términos de plata. Mi familia tiene que estar primero y las deudas no se pagan con recuerdos por mucho que eso duela”.

Margarita Alfaro ha vivido junto a su familia en el mismo pasaje que la familia Sepúlveda por casi sesenta años. Habla del Chechito con cariño casi maternal, asegurando que él “trabaja tan bien como su padre”. También recordó que su difunto esposo era muy amigo de Sepúlveda padre. Incluso dio la nefasta casualidad de que ambos murieron el mismo año. “Juan y yo siempre mandábamos a arreglar nuestros zapatos donde Sergio y cuando el Checho se fue, seguimos haciendo lo mismo, era una manera que tenía Juan de mantener el lazo. Cuando se fue mi viejo, yo decidí seguir haciendo lo mismo, por mantener esa tradición que yo sabía que para él era importante. Eran grandes amigos”.

Del mismo modo, Aurora de la Cruz compartió una historia similar. Ambas familias, la de ella y la de los Sepúlveda, fueron amigos por muchos años. Y es por eso que Aurora seguía mandando a arreglar sus zapatos donde Chechito, a pesar de que era incluso más cómodo comprarse un par de zapatos nuevos. “Lo hago, porque sé cuánto significa para Chechito seguir con el negocio de su padre, y además así aprovecho de ver a Marta”. Marta Guzmán es la viuda de don Sergio. “Creo que es una manera de recordar a mi padre”, dice Chechito agregando que esta tradición sigue también para ver contenta a su madre.

Es por nostalgia más que por utilidad económica que, tanto los clientes como los Sepúlveda, se empeñaban por mantener viva esta zapatería. Pero la clientela que, a pesar de ser fiel, era cada vez más reducida; el escaso tiempo de Chechito y las demandas económicas del sistema actual exigían más día a día. La familia de don Sergio sabía, y asumía a conciencia, que en algún momento los recuerdos tendrían que ocupar otro lugar en sus vidas. “Aunque el local tenga que dejar de funcionar, el taller va a quedar para siempre. Es el recuerdo más vivo que todos tenemos de mi padre”, dice Sergio.

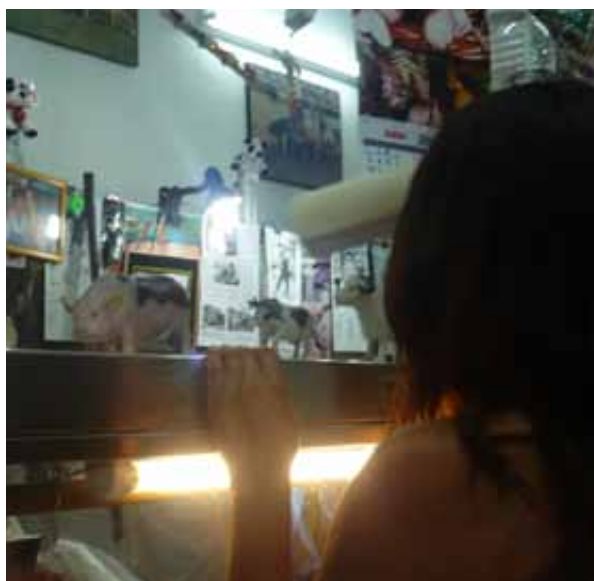
Siete años luego de estas declaraciones, en septiembre de 2018, los Sepúlveda se vieron obligados a cerrar el taller para siempre. Chechito y su esposa tuvieron, sin planearlo, mellizos en julio de 2017 y necesitaban dinero extra para cubrir los gastos que esto implicaba. La mujer de Sergio hijo, Claudia, descubrió un día que tenía dotes artísticas para la pintura. Debían aprovechar esta nueva oportunidad. El taller del viejo zapatero se volvió un taller lleno de telas y diferentes tipos de pinturas. Claudia pintaba, decoraba telas y hacía pinturas de retrato a pedido. Los ingresos de la familia fueron mejorando día a día hasta que el nuevo negocio logró asentarse y hacerse conocido no sólo a nivel de barrio, sino que de manera más masiva.

Actualmente telas y viejas hormas de zapato conviven en el mismo espacio. Es el contraste de un pasado cargado de nostalgia con un porvenir prometedor para una familia que se empeña en surgir. Después de todo, no se puede vivir de recuerdos. Pero sí se puede vivir con ellos.

Donde Manuel Rodríguez baila tango

Carnicería de Don Manuel Rodríguez • Esquina de Ricardo Cumming con Huérfanos, Barrio Brasil

Valeria González



A UNAS CUANTAS CUADRAS DE LA PLAZA BRASIL, INDEPENDIENTE DE LOS AUTOS QUE TRANSITAN LAS CALLES QUE LA COLINDAN Y DE LOS MONÓTONOS EDIFICIOS DE “MODERNA CONSTRUCCIÓN”, SE UBICA UNA PINTORESCA CARNICERÍA, JUSTO EN LA INTERSECCIÓN DE LAS CALLES HUÉRFANOS Y CUMMING. ESTE MODESTO LOCAL ES DE AQUELLOS QUE TIENEN LA HABILIDAD DE TRANSPORTAR AL TRANSEÚNTE A UN TIEMPO LEJANO, DONDE LA AMABILIDAD ERA UNA CONSTANTE DE VIDA Y LAS RELACIONES ENTRE LAS PERSONAS ERAN SINCERAS.

Con su tradicional clientela y, por qué no, con los curiosos turistas atraídos por la calidez de las melodías del tango, atiende su almacén don Manuel Rodríguez, prócer local del tango y la carne. El afable dueño está siempre dispuesto para atender desde las nueve de la mañana hasta las nueve de la noche.

Al entrar en la sucursal familiar, una serie de estímulos saturan los sentidos. El inconfundible olor a carne —que él mismo va a buscar a los frigoríficos de Franklin—, el deleite otorgado por las melodías y letras de milongas que cubren el sonoro ruido de dos enormes congeladores, la colección de calendarios de tiernos animales, corderos y cerditos sobre el mesón de acero inoxidable y los íconos personales del dueño: Juan Pablo II y Carlos Gardel.

Rodríguez se acerca y saca a bailar a una linda morena que entra de curiosa, “no mire el piso y déjese llevar”, le aconseja al notar su inseguridad a la hora de bailar. Luego de unos minutos en que la escena se ve surrealista y atemporal, finaliza la danza conversando con ella, regalándole una sonrisa y uno de los calendarios que cuelgan sobre el aparador: “A veces me preocupo por el futuro del tango, me da gusto ver que los jóvenes también se interesan”, dice añadiendo que lo considera un arte, patrimonio de la humanidad.

“¿Sabe lo que pasa? Que los tangueros son poetas, por eso me inspira una buena pareja que se deje guiar”, dice aludiendo a la muchacha, quien se marcha sonrojada entre risas nerviosas de sus amigas. Les cuenta que hay tangos sobre relaciones, caballos de carrera y hasta de malandras, dice

Donde Manuel Rodríguez baila tango

refiriéndose al tango “Tinta Roja”. “Eran otros tiempos”, dice recordando la antigua práctica de salir a recorrer las calles por la noche, terminando en lugares impensados y sin riesgo de ser asaltado.

El carnicero invita a un grupo de turistas a visitarlo el viernes a las veinte horas. A esa hora los visitantes podrán disfrutar del espectáculo callejero entregado por dos bailarines de la Universidad Arcis. Además podrán compartir con los ancianos de un hogar cercano que forman parte del público permanente del show. Las sillas y el fresco aire primaveral acompañan los compases de una tarde que trasciende épocas y generaciones.

La puesta en escena de esta obra cultural es similar a una instalación, nunca se sabe qué sucederá ni cómo terminará. Mucho menos qué actores saldrán a interpretar sus roles. Esto se debe a la espontaneidad con que discurre la tarde, en donde músicos, malabaristas, bailarines expertos y amateur, se reúnen con el fervor de la vida derrochando alegría por las calles de Santiago.

Don Manuel comenta que en una ocasión, en pleno baile, le interrumpió un joven con una peculiar solicitud. Le consultaba si podía unirse y tocar tango. Luego de la respuesta afirmativa, el muchacho pidió ayuda para bajar un piano de su camioneta. “¡Pucha que estuvo linda esa tarde!”, recuerda con una sonrisa plena, sincera, como si el solo hecho de evocar el recuerdo le permitiese revivirlo.

La conversación se ve interrumpida por la entrada de un cliente. Al terminar de atenderlo comenta que él ya conoce a su clientela. “Son cincuenta años ya, imagínese, así se tejen amistades también”, dice lamentando que el ritmo actual no permita la vida comunitaria como antaño. “Debe ser donde las personas trabajan tanto y el poco tiempo libre que tienen lo pasan encerradas en su departamento no más”, dice el carnicero mientras pesa un trozo de carne y calibra la báscula.

Al paso de una hora de conversación distendida, muestra con orgullo los recortes de diarios en donde ha sido publicada su fuente de trabajo. “Mire, ¿ve que soy famoso?”. Con esta frase da pauta para enumerar las veces que su carnicería ha servido de locación para grabaciones –nacionales e internacionales– ya que apareció en un programa de televisión argentina, en la película “Sexo con amor”, un capítulo de “Infieles” y en un spot para la despedida de Marcelo Salas.

Su jubilación está cerca, siente que el paso del tiempo y la modernización lo están alcanzando, ya no tiene la energía de antaño para luchar contra el proceso social acelerado. No se arrepiente de nada, está orgulloso de extender la calidez y propiciar la vida comunitaria del barrio.

Yolanda, su mujer, lo insta a vender el terreno que ocupa su colorida carnicería. Los dueños de las casonas de la cuadra ya lo hicieron. “Es momento de seguir adelante”, dice su cónyuge. Manuel, el hombre del delantal, mira con desdén los actuales movimientos del barrio. Siente, como una estocada en su espalda, el perder su fuente de ingresos. Pero lo que más le duele es ver cómo día a día la ciudad es un espacio más gris y frío.

“La carne y el tango son muy importantes para mí, uno me permitió educar y mantener a mi familia, el otro me ha dado los mejores momentos e historias de mi vida”, dijo con pesadumbre al momento de firmar el contrato de compra-venta con el parco ejecutivo de una constructora. Éste fue el último tango de don Manuel Rodríguez, prócer de la vida.

Han pasado cincuenta años desde ese día. La antigua plaza no existe, es otro gran supermercado, y la carnicería que tantas tardes de felicidad entregó, ahora es un complejo de edificios, de ésos que parecen hongos por su rápida aparición.

El destino de Babel: Don Hugo y el silencio de los ñuñoínos

Farmacia Babel • Simón Bolívar 375 I -A, Ñuñoa

Natividad Espinoza



LAS ANTIGUAS FARMACIAS DE BARRIO ESTÁN EN PELIGRO DE EXTINCIÓN. ES RARO ENCONTRAR UNA QUE NO COLINDE CON UN GRAN MONSTRUO LUMINOSO, LADRÓN DE LA ATENCIÓN DE LOS ESTRESADOS, MORIBUNDOS O, SIMPLEMENTE, HIPOCONDRIÁCOS SANTIAGUINOS QUE SIENTEN LA NECESIDAD DE DIRIGIRSE A UNA VIEJA BOTICA.

Un ejemplo heroico de resistencia ante estos temibles monstruos es la ñuñoína Farmacia Babel. Situada en un pequeño sector comercial de la comuna, posee más de medio siglo de historia, gracias a doña Rosario, química farmacéutica y madre de Hugo Berríos, quien dedicó sus tiempos mozos a ayudarla con la atención de los clientes.

Madre e hijo recibían cálidamente a quienes ingresaban a su negocio. Eran muy amigos de sus clientes fieles y conocían a la perfección los parentescos de sus compradores. Por esos años, ir a la farmacia siempre implicaba una grata conversación.

Cuando no se veía a doña Rosario detrás del mostrador era porque se encontraba en la oficina interior preparando cuidadosamente "pócimas" y ungüentos para los clientes que necesitaban remedios más específicos.

No faltaban los clientes regalones que recibían engaños navideños de tocador (jabones, colonias o champús) y gomitas de eucalipto para los niños. Aunque, sin duda, los médicos eran los clientes más felices porque siempre les hacían rebajas. Y si, por algún motivo, el medicamento solicitado por un cliente no estaba en la Farmacia Babel, don Hugo lo conseguía a la brevedad.

El doctor Alfredo Riquelme fue fiel a la Farmacia Babel desde que llegó a vivir a Ñuñoa. Si bien la farmacia de doña Rosario y don Hugo era, en esos tiempos, la que le quedaba más cerca de su casa de Santa Julia con Dublé Almeyda, unos años después se instaló otra, que no le quedaba a más de 100 pasos. Eso poco importaba para el médico, quien siguió siendo fiel a su farmacia favorita, incluso cuando se sentía tan enfermo que no podía moverse de su casa. Era común ver al joven y carismático Raúl en su bicicleta por el barrio, yendo a dejar paquetitos —no bolsas— a las residencias vecinas. Siempre con una sonrisa dibujada en los labios, lograba llevarse excelentes propinas y contagiar alegría a los impacientes pacientes.

El destino de Babel: Don Hugo y el silencio de los ñuñoínos

Al fallecer doña Rosario, don Hugo quedó al mando del local, haciéndose asesorar por una química farmacéutica amiga. El primogénito de doña Rosario siguió el ejemplo de su madre y el regaloneo a los clientes, las rebajas y los engaños para los consentidos.

La vida de don Hugo y su farmacia era pura paz y amor hasta hace cinco años. Casi por arte de magia, uno de los luminosos monstruos humeantes apareció frente a ella, cambiando radicalmente el panorama.

El imponente tamaño de “la aparecida” hizo temer a don Hugo por su mítica farmacia. “Pensé que me quedaría sin clientes”, confesó. Pero, el pasar del tiempo le demostró que estaba equivocado. Los únicos clientes que perdió fueron los ocasionales, porque los fieles —que no son pocos— continuaron y continúan haciendo sus compras medicinales al interior de la cálida Farmacia Babel. Siempre atendida por su propio dueño.

La colusión de las grandes cadenas farmacéuticas, destapada el año pasado, también torció la mano del destino a favor del tradicional negocio, regalándole dos meses de verdadera prosperidad.

Don Hugo es muy querido en el sector; muchas veces se lo ve conversando con algún viejo cliente o con los vendedores de sus locales vecinos. Sin embargo, su horario de atención se ha vuelto cada vez más caprichoso, llegando incluso a la negación de abrir la farmacia durante la tarde de un día jueves.

A diferencia de la farmacia, el lavaseco y la comida china, los demás locales de la cuadra tienen un carácter inestable. Actualmente la farmacia tiene como vecinos a un negocio que frece pollos asados, un almacén con aires de verdulería y un local que ofrece servicios multimediales.

A pesar de todo, el fin de la Farmacia Babel es inminente. Todos los ñuñoínos sabemos que, más temprano que tarde, una drugstore gigante brotará desde el centro de la tierra y arrasará con el negocio de don Hugo y los locales aledaños, exceptuando uno. ¿Cuál? El de los chinos, evidentemente. ¿Por qué? Porque fueron los asiáticos quienes dieron vida al monstruo que lleva 15 años construyendo esa farmacia, la más grande del mundo.

Los únicos que no saben de la catástrofe que se aproxima son don Hugo y los dependientes de los otros locales. Por eso siguen ahí. La inestabilidad de los negocios de la cuadra se explica porque, a medida de que los dueños se van enterando del apocalíptico final que sufrirán los locales, van huyendo de éstos. Antes de escapar venden apresurados, y a módicas sumas, los inmuebles condenados.

Actualmente, los vecinos de Ñuñoa nos estamos poniendo de acuerdo para realizar una votación. Todos los mayores de 18 años residentes en la comuna deberán elegir entre el “Sí” y “No”. Si gana el “Sí”, se asignará al vecino más diplomático la misión de comunicar a don Hugo lo que ocurrirá. Por el contrario, si gana el “No”, Zulma dice que lo más probable es que don Hugo sea testigo ocular de la destrucción de Babel. Su Babel.

El verde esmog

El ojo de Los Andes

Laguna del Franciscano

Entre los cerros Falsa Parva (última cancha del centro de ski) y Franciscano

Alexander Burchardt



SANTIAGO ES UNA CIUDAD QUE CRECE CADA DÍA MÁS, POR LO QUE SUS CALLES SE PAVIMENTAN PERIÓDICAMENTE. LAS TONELADAS DE ASFALTO VAN SUPRIMIENDO CUALQUIER VESTIGIO NATURAL QUE ALGUNA VEZ AHÍ ESTAS TIERRAS PARIERON. SE HA LOGRADO DOMAR LA NATURALEZA. LOS ENTORNOS NATURALES QUE SE ENCUENTRAN EN LA CAPITAL, BAJO EL NOMBRE DE ÁREAS VERDES, SON CADA VEZ MÁS ARTIFICIALES Y PLANIFICADOS PARA CALZAR SIMÉTRICAMENTE CON LA FACHADA DE LA GRAN CIUDAD. AUN ASÍ HAY CIERTOS LUGARES EXCLUSIVOS PARA UNOS POCOS AFORTUNADOS, LUGARES QUE AÚN EL HOMBRE NO HA PODIDO DOMAR. LUGARES DONDE LA OBRA DEL HOMBRE PASA PRÁCTICAMENTE INADVERTIDA. ÉSTA EXCLUSIVIDAD NO SE LOGRA POR UN NIVEL DE INGRESOS O UNA POSICIÓN SOCIAL DETERMINADA, SINO SIMPLEMENTE POR EL AFÁN DE IR MÁS ALLÁ, SUPERANDO LAS BARRERAS ESTABLECIDAS Y EMBARCÁNDOSE A LA CONEXIÓN CON EL MUNDO PRETÉRITO QUE ALGUNA VEZ FUE HOGAR DE NUESTROS ANTEPASADOS.

A 3.300 metros sobre el nivel del mar, dentro de los cordones montañosos de la Cordillera de Los Andes, se encuentra una pequeña laguna de no más de 10 metros cuadrados, y tres pies de profundidad, que nace a la falda del cerro Franciscano, del cual obtiene su nombre.

La Laguna del Franciscano queda exactamente detrás de los cerros La Falsa Parva y El Franciscano. Su alimentación proviene de la nieve que se acumula en invierno y de un par de deshielos que se generan en el cerro La Parva. El lugar es prácticamente desconocido, un secreto de montañistas. Su forma es la de un círculo que se asemeja al del ojo humano. La tierra que bordea a la laguna es de una gravilla rojiza con rocas de distintos tamaños, similar a la de la corteza marciana.

Al interior de la laguna existe un ecosistema tan complejo como el de la selva: un montón de crustáceos diminutos (del tipo seamonkeys) danzan día a día entre las tupidas algas, un par de cóndores hace una rápida parada para hidratarse, las algas ralas se suspenden en el centro, mientras tanto en los bordes se encuentran duras vegas, hogar de variedades de bichos resistentes a lo desértico del lugar. El escenario es siempre frío. Las rocas y

El ojo de los Andes

el sol se imponen como amos y señores que aparecen como las únicas variables en la montaña. El origen de esta laguna es asombroso porque, en un clima crítico, se dio la perfecta combinación de compuestos que originó la vida.

En las noches las temperaturas bajan considerablemente, congelando la superficie de la laguna. El frío y el fuerte viento proveniente de los deslizaderos del valle central generan un clima inhóspito y seco. Todo se detiene ante la desaparición del sol. Las estrellas ya multiplicadas por un millón alumbran el árido panorama. Si no fuera por el silbido del viento, se podría pensar que el tiempo se ha detenido.

A la salida del sol, la capa de hielo que impera en la superficie de la laguna se derrite poco a poco. Los riachuelos que la alimentan empiezan nuevamente su paso y la vida renace nuevamente: las artemisas surgen de los deshielos y los bichos salen de las vegas. Esta danza se repite noche y día, infinitamente, la muerte y la resurrección, una alegoría divina sobre la naturaleza de la vida misma.

El clima, variable e inconstante, junto con las nubes provenientes del valle y del lado argentino generan un microclima de tormentas eléctricas y nevazones en pleno verano. Muchas veces no importa si el día aparece soleado ya que éste se puede nublar en cualquier minuto.

No es fácil llegar a esta laguna, el camino es duro y árido. Las travesías solamente se pueden hacer en los meses de verano, pues el potente invierno que azota la cordillera desata un embrujo que hace morir la laguna durante el invierno, paralizando durante seis meses toda la alta montaña.

Todos los viajes nacen en Farellones, los grupos de escalada deben soportar las empinadas canchas de los centros invernales para llegar a la alta montaña. La geografía no ayuda mucho, los deshielos de primavera hacen surgir vegas y pequeños ríos que rompen con los senderos preestablecidos. Los viajes duran alrededor de ocho horas, el desgaste por el imponente sol y el frío cordillerano se ve revitalizado al llegar a la laguna. La falda del cerro Franciscano es parada habitual para los montañistas que buscan conquistar el Plomo (cerro más alto de la Región Metropolitana con 5.424 metros de altura). El lugar es amplio y recto, como un cráter entre tanto cerro alto. La laguna provee agua para los montañistas, la cual debe ser hervida por la cantidad de crustáceos que viven en ella.

No se sabe hace cuánto existe esta laguna, probablemente desde eones, ya que las cadenas de cerros aledañas al Franciscano pertenecen a la Ruta del Inca (de cerros conquistados antes de la llegada de los españoles). Su composición nace de lo aleatorio, como una infinidad de pruebas y errores, como un ojo que mira infinitamente las estrellas, un ojo que cada noche siente un velo sobre su retina y ve el paso de viajeros por la conquista de picos más altos.

El lugar se vio afectado luego del descubrimiento del yacimiento minero El Pintor. Los transeúntes utilizaron la laguna para bañarse, limpiar utensilios y tirar sus desperdicios. Al poco tiempo la vida dentro de la laguna dejó de existir. El agua se volvió de color marrón y los ríos de los deshielos que la alimentaban fueron intervenidos para la limpieza de los metales pesados. La laguna poco a poco fue perdiendo su caudal hasta secarse y dejar un cráter en la nada.

Se cayó el jacarandá

Parque Bustamante

● General Bustamante hasta Grecia,
comunas de Providencia y Ñuñoa

María Francisca Carvajal



CAMINA POR EL PARQUE BUSTAMANTE LA MUCHACHA VESTIDA DE BLANCO Y AZUL MARINO. LA PERSIGUEN 15 PRIMAVERAS EN ESE MISMO ESCENARIO: LOS MISMOS ÁRBOLES, LAS MISMAS HOJAS SECAS EN EL SUELO, EL VIENTO SUAVE DE CADA TARDE, LOS PASEOS INFINITOS CON JOAQUÍN.

Pasa todos los días por ahí viendo a las parejas pasear a paso lento, a los niños con sus abuelas y a algunos hombres sin hogar que duermen cada noche bajo un cartón diferente. Recuerda ese martes. Ése fue el día en que muchas cosas dejaron de ser tales como las conocía.

Todo el tiempo trataba de imaginarse cómo pudo haber sido este lugar cuando el tren lo atravesaba hacia el sur. Le cuesta un poco entender que ese tipo de cosas no se hayan mantenido con el pasar del tiempo, pues a ella gusta de viajar en ese tipo de medios.

En aquellos años la construcción del ferrocarril que unía Santiago con Puente Alto en 1894 estaba compuesto por un trazado muy similar al de la actual línea 5 del Metro. En la actual entrada al parque se construiría, entre 1905 y 1911, la olvidada estación Pirque.

Mirando de frente hacia el cerro San Cristóbal y la Plaza Italia, ella se queda frente a los nuevos edificios que construyen y no entiende cómo es posible que echen a perder tal vista a la ciudad. El maicillo se le mete por los zapatos de colegio y cree que cuando use de tacón ya no habrá tierra en ese mismo lugar. Ni barro que ensucie sus pies.

Recuerda cuando su abuela le contaba que antes no había nada en ese espacio. Sólo a un camino simple y terroso que avanzaba hacia el sur, paralelo a la avenida Vicuña Mackenna, varias decenas de metros hacia el oriente. Fue en 1942 cuando demolieron la estación de ferrocarril y construyeron el parque como ella lo conoce hoy.

Se cayó el jacarandá

Sin embargo, el Bustamante aún guarda las huellas de su pasado ferroviario. Es posible apreciar el ancho de casi 80 metros del parque entre Plaza Italia y la calle Marín. En su tiempo ese ancho albergó la doble vía para el tren, los patios de vagones, las bodegas y zonas de carga y descarga. También están las curvas de la calle, coincidentes con las líneas que servían para que el maquinista tuviera una visualización total del convoy al ingresar a la estación. Por esto también existe el empedrado de la calle, atravesado por un parche diagonal que tapa la línea.

Las imágenes seguían pasando por su mente, pero ella no quería perder más tiempo para encontrarse con Joaquín. Pensó en amarrar su largo y oscuro cabello para que no notara lo despeinado que estaba. El viento no le ayudaba mucho.

Trataba de entender cómo le diría que algo más que su amor acababa ese día. Sería la última vez en ese parque, el Bustamante. Había algo tan parecido entre ellos y ese lugar. Ninguno de los dos saldría vivo al final de la historia.

Seguía caminando hacia el norte para verlo en el árbol de siempre y le extrañó no ver las mismas nubes de todas las tardes. Ese día vio más edificios, como si hubieran plantado semillas industriales de cemento que al día siguiente se elevaron hasta el cielo.

Cada vez más gente, más autos, menos niños, más perros y menos flores. Los escaños rotos y los senderos más sucios de lo normal le señalaban que algo iba en decadencia, al igual que sus sentimientos a medida que avanzaba.

Llegó por fin a la planicie donde se hace todos los años la Feria del Libro Infantil. Sabía que lo vería desde allí, el jacarandá mas colorido de todos. Ese que fue el primero en plantarse y el único testigo de su primer beso.

Lo vio ahí sentado, sin mirar hacia el frente. Sólo pensaba en su rostro y su expresión decepcionada mientras sentía el ruido de las aves mezclado con el sonido de las máquinas constructoras que rompían con toda serenidad.

Llegó a su encuentro y Joaquín se puso de pie. Se les podía ver desde lejos como dos seres humanos más intentando inútilmente continuar con la vida de ese lugar. Era imposible seguir así.

Luego estaba ella sola, sentada y sin expresión de ningún tipo. Había empuñado sus manos inconscientemente. Todo caía a pedazos y ella sólo pudo mirar como echaban abajo el árbol que los vio nacer y ahora los veía morir.

“Y esta vez no me pillaron”

Árbol centenario de Plaza Brasil • Avenida Brasil con Huérfanos, Santiago

Estefanía Labrín



LOS DÍAS AVANZAN A SU RITMO. LAS HORAS Y LOS MINUTOS. ES TARDE Y SOFÍA SIGUE ENCARAMADA EN LAS RAMAS DEL ÁRBOL TORCIDO DE LA PLAZA BRASIL. TRATA DE SACAR EL POLVO DE SU UNIFORME Y DE SUS ZAPATOS, PERO PIERDE LAS ESPERANZAS CON SU CHAQUETA QUE SUFRIÓ UN PEQUEÑO RASGADO AL SUBIR.

En la esquina de avenida Brasil con Huérfanos aparece una caseta blanca de “Seguridad Ciudadana” a la que los ocupas del lugar roban electricidad para cargar sus celulares. En su exterior un guardia vestido de amarillo y blanco se pasea por la calle, conversando con los taxistas que se instalan en la avenida. El centinela fuma, al menos, una cajetilla diaria.

Mientras pasa el tiempo Sofía se cansa de jugar tetrís en su celular y se dedica a contar los perros callejeros que se pasean de un lado a otro como si estuvieran en su propia casa. Los cocineros de Juan y Medio en la vereda de enfrente amontonan, disimuladamente, los restos de comida en un rincón cercano al Galpón Víctor Jara. Al advertir el acto, todos los vecinos caninos dejan de ser amigos por un momento. Comienza una batalla campal por obtener el mejor pedazo de carne.

Por detrás se escucha el clac, clac de las mesas de tenis que están un poco más allá. Una hormiga sube hasta la mano de Sofía. Las ramas bailan con el abundante viento que siempre corre en la Plaza Brasil. El gran tronco torcido del árbol parece una escalera que guarda, al llegar a lo más alto, una especie de asiento donde también una gran rama funciona de hamaca fija. Las horas parecen pasar más rápido si se juega a ver figuras en las hojas de la cima, recostado de espaldas en las amigables formas del árbol. Para Sofía es más entretenido ver a los pajaritos que se van turnando para llegar a lo que parece ser un centro de vals en miniatura. Sus delicados cantos acompañan el ritmo de su cabello rizado. “Cuidado con la caca de paloma”, piensa mientras intenta re acomodarse.

En la base ya empiezan a rondar pequeños niños que, al ver los columpios ocupados, optan por la naturaleza. “Mira, hay una niña allá arriba”, dicen mientras Sofía les ruega, en silencio, que bajen la voz. No sería la primera vez que los tipos de seguridad ciudadana se la lleven al liceo a la fuerza.

“Y esta vez no me pillaron”

“Alumna hace la cimarra externa, se la encuentra fumando en la Plaza Brasil”, decía la anotación que su mamá tuvo que firmar cuando suspendieron a Sofía. En esa ocasión llegó a su casa, con el bolso casi vacío (no había llevado cuadernos), y tuvo que cocinarse algo para almorzar.

Hasta ese día nunca la habían atrapado. Ese árbol la había ocultado bajo sus frondosas hojas siempre verdes sin fallarle ni una sola vez. Estaba segura de que la culpa era de aquel chico que, de tan volado, se puso a cantar que la verdad lo había hecho libre.

Desde arriba, el espacio arenoso de la Plaza Brasil parecía un desierto, por lo que, cuando aquel niño llegó hasta su lado, el calor parecía pegar mas fuerte de lo común. “¿Tú escribiste eso?”, le preguntó apuntando a las decenas de marcas en las ramas del árbol. “Grado 8.8 acá arriba”, resaltaba una marca hecha con plumón permanente. “Ése lo hice yo”, dijo Sofía riendo. El niño abrió los ojos y preguntó “¿Estuviste aquí el 27 de febrero?”.

El árbol de la Plaza Brasil oculta conversaciones de niños que creen en terremotos, y de niñas que creen pasar inadvertidas. Un guardia que fuma mucho y mira poco, unas ramas que parecen escaleras y muchos niños subiendo al cielo. El árbol guarda secretos. El de Sofía acaba de ser anotado en su última rama. Las marcas de corrector, lápices o simplemente corta cartones tienen una nueva amiga que, en letras rojas, dice “y esta vez no me pillaron”. Las manchas de orina de perro se van acumulando en su base, pero su cómoda cima no cuenta con basuritas abandonadas por los aspirantes a alpinistas. Sus ramas no dejan de respirar al ritmo inventado de un oasis dentro de Santiago.

Sofía empieza a bajar del árbol, poniendo un especial cuidado en la última rama, en la que se debe confiar en el pie, ya que la visión es nula. Salta al suelo sintiendo que la inestabilidad del árbol le parece más estable que la “vida real”. El guardia de seguridad sigue fumando y por el rabillo de su ojo percibe colores de uniforme de Sofía, pero una minifalda en la otra calle lo distrae y sigue con su labor de comentar lo nada que hace en el día con los taxistas que le sonrían para conseguir un buen estacionamiento.

El árbol se queda descansando, esperando que al otro día temprano llegue la señora vestida de naranjo a regarlo.

Las tormentas de a poco fueron acumulando sus húmedas lágrimas en las antiguas ramas del árbol, dejando las historias de miles de ciudadanos impregnadas en su arrugada textura. El llanto de quienes perdieron a sus familias en la nueva dictadura de la derecha golpeaba sus hojas, que, poco a poco, fueron cayendo hasta dejar al árbol desnudo.

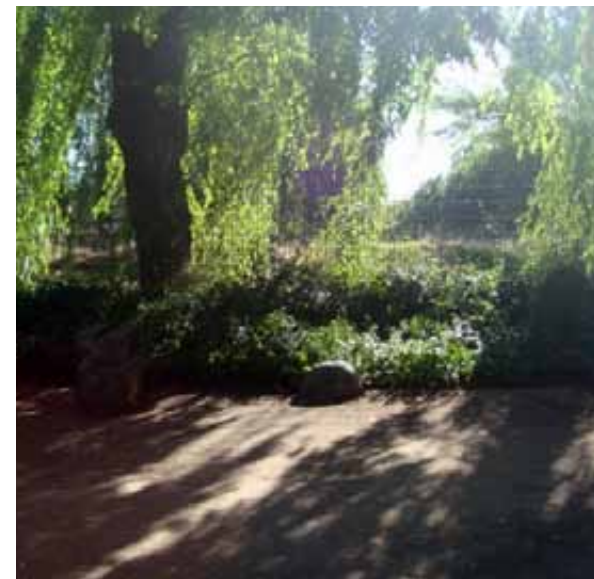
Un día, como si fuera por destino, el ex Presidente Piñera, el día de su cumpleaños número 110, paseaba por la Plaza Brasil. Uno de los gruesos troncos del árbol no resistió más y fue a dar al suelo, aplastando al ex Mandatario como si fuera una estampilla. A los pocos días fue talado por representar un peligro para la sociedad. El funeral del ex Presidente fue masivo, al igual que el responso del árbol.

Un oasis urbano

Parque Tobalaba

• Borde del canal San Carlos, desde su inicio hasta el edificio Consorcio, Providencia

Kevin Tarud



IMAGINE EL LUGAR DE LA FOTOGRAFÍA CON TODOS SUS FRONDOSOS ÁRBOLES TALADOS EN NOMBRE DEL PROGRESO Y LA URBANIZACIÓN. IMAGINE GRUESOS RIELES DE ACERO COMO PLATAFORMA REEMPLAZANTE DE LA MELODÍA DE LAS AGUAS DEL CANAL. IMAGINE INMENSAS MOLES DE CONCRETO OCULTANDO LO POÉTICO DE LA LUZ. QUÉ PANORAMA MÁS DESOLADOR, ¿NO ES ASÍ?

Sepa el lector que el paisaje que muestra la imagen se encuentra en Santiago de Chile. Sí, en esta ruidosa jungla urbana, alérgica a los entornos naturales, aquejada por problemas de centralización y deficientes planos reguladores.

El lugar corresponde a la parte norte del Parque Tobalaba, un vallecito natural ubicado dentro de nuestra capital, el cual bordea al canal San Carlos desde su inicio hasta aproximadamente el edificio Consorcio de la comuna de Providencia. En este punto la armonía de la naturaleza y la ciudad es magistral.

El frondoso terreno se ubica cerca de varios puntos neurálgicos de la ciudad. La parte sur colinda con Sánchez Fontecilla, calle que comunica con avenida Tobalaba, cerca del metro Príncipe de Gales y del Cine Hoyts de La Reina. Este segmento del parque concluye en avenida Ossa, imponiéndose un límite ciudadano que constantemente nos recuerda su propia arbitrariedad y artificialidad, sugiriendo además la belleza natural de antaño, cercenada por la implacable mano del hombre.

En efecto, este espacio ha sido maltratado en nombre de la civilización. El año 2005, para implementar la línea 4 del metro, las faenas lo utilizaron como cuartel general, talando numerosos árboles para dominar el paisaje, sin preocuparse por replantar.

El aire melancólico que despiden los sauces llorones, a través de sus delgadas lianas que parecen danzar al son del viento primaveral, se agudizó aún más con una tragedia ocurrida el año 2008: la violación de una adolescente que paseaba por el abandonado paraje una medianoche.

Un oasis urbano

El aciago incidente hizo que las autoridades tomaran cartas en el asunto. Se decidió implementar un conjunto de luminarias para hacer más seguro el lugar, artefactos cuya luz artificial compite, lamentablemente, con los ocasos otoñales, donde la luz se camufla entre las hojas agonizantes de los legendarios árboles.

Una de las particularidades más destacables de esta arbolada es la suerte de micro clima que posee. La sombra y el viento son magníficos paliativos del abundante calor veraniego. Deambular por ahí durante las desocupadas tardes de febrero, leer tendido en el pasto o escuchar música contemplando la hojarasca son diversas opciones que conforman un fantástico panorama

En 2007, por iniciativa de la comuna de Providencia, se decidió implantar por la ladera izquierda del canal, una serie de máquinas de ejercicio. Además se despejó un camino para ser utilizado como ciclovía. Curiosamente aún no se ha logrado promocionar el parque como una atractiva plaza comunal, al estilo de la gran mayoría que adornan esta mega urbe. Un aire de nostalgia parece apoderarse de todo aquel que transita por sus sinuosos caminos, siendo siempre unos pocos quienes se sumergen en su quietud y tranquilidad.

El parque es un oasis en una ciudad que, poco a poco, parece estar volviéndose loca. Un paréntesis dentro de la neurosis colectiva que acecha nuestra sociedad. Además, por la poca concurrencia que tiene, el terreno parece ser propio al recorrerlo en las tardes dominicales.

Al aproximarnos a su límite se hace evidente la esquizofrenia de los planos reguladores. El silencio y la quietud inmediatamente dan paso a la contaminación acústica, a la gran afluencia de automóviles, a la fealdad del ambiente. Enseguida, el estrés de la posmodernidad se hace palpable en el espíritu.

Lo único que cabe esperar es que este santuario natural no perezca ante las vicisitudes del desarrollo, que permanezca siendo un refugio para ampararse de la insensatez de la contemporaneidad. Ojalá el proceso fuese al revés, y que el refugio comenzara a extenderse incansablemente, con sus recovecos frondosos marcando presencia hasta el rincón más remoto de Santiago, para que nos devuelva la paz, serenidad y sabiduría que la sociedad actual constantemente parece estar intentado despojarnos.

Así se veía un prominente segmento de la parte norte del Parque Tobalaba antes de que numerosas empresas inmobiliarias terminaran por apoderarse de él, luego de adquirir diversos terrenos de la comuna de Providencia, en la intersección de las avenidas Tobalaba y Bilbao.

Actualmente se trabaja en la construcción de un centro comercial, el cual se había intentado instalar en el año 2010 en una de las calles residenciales de la comuna. En ese entonces la acción de una junta de vecinos logró detener el proyecto. Hoy, sin embargo, se consuman las ansias mercantiles de Cencosud, con la esperanza de que el recinto abra sus puertas en tres años más.

Prácticamente no quedan rastros del antiguo parque. Un vocero de Greenpeace afirma: “Esto es una verdadera lástima. Si consideramos el ritmo con que los espacios urbanos consumen a los entornos naturales, es sólo cuestión de tiempo para que los paseos arbolados se conviertan en vestigio o en memoria de lo verde”.

Las construcciones urbanas de hoy son producciones en serie carentes de cualquier rasgo de originalidad. Las empresas no parecen encontrar nada mejor que invertir sólo en pequeños o en inmensos centros comerciales. Cada vez son menos lugares donde la gente no va a satisfacer necesidades artificiales creadas por estos conglomerados económicos y mediáticos. Así se configura el peligroso retroceso de la básica necesidad de sentirse a gusto en un entorno natural para descubrir las ventajas que traen consigo la soledad y el silencio en la caótica contemporaneidad.

*Barrios de ofertas, fiestas y
pichangas*

Un respiro al agitado Santiago

Barrio Concha y Toro

● Santiago Poniente entre calles Alameda, Erasmo Escala, Cumming y Brasil

Carolina Acevedo González



ENRIQUE CONCHA Y TORO ESTUDIÓ INGENIERÍA EN LA UNIVERSIDAD DE CHILE, VIAJÓ POR EL MUNDO, INCURSIONÓ EN LA MINERÍA EN BOLIVIA Y PUBLICÓ DIVERSOS ESTUDIOS GEOLÓGICOS DE CHILE. SIN EMBARGO, JAMÁS IMAGINÓ QUE TRAS SU MUERTE, EN 1922, SU ESPOSA CONVERTIRÍA AQUELLA QUINTA QUE COMPRÓ A BAJO PRECIO LUEGO DE LA CRISIS ECONÓMICA DE 1876, EN UN BARRIO URBANO DE ESTILO EUROPEO QUE HOY SE POSA SOBRE EL CENTRO DE SANTIAGO COMO UN PEQUEÑO LUGAR DE ESCAPE A LA RAPIDEZ DEL ESTRÉS CAPITALINO.

Emplazado sólo a unas cuadras de la Alameda, en el barrio Concha y Toro siempre reina el mayor de los silencios. Parece imposible, pero no se escucha ni un poco de los muchos ruidos de bocinas de micros y autos que transitan por la ciudad. Lo único que se oye es el ruido de la pileta roja que está justo en el centro de la Plaza de la Libertad de Prensa, ubicada en el centro del barrio.

Es impresionante llegar después de bajar del ajetreado metro República y pasar por una calle poblada por estudiantes ruidosos que muchas veces parecen más manadas de animales salvajes que jóvenes universitarios. A simple vista es posible afirmar que el barrio no se ha poblado de jóvenes en busca de carrete, pese a que uno de los edificios que bordea la plaza es una discoteca.

El barrio está constituido por tres calles cortas cubiertas de adoquines que terminan su recorrido en la plaza. Estas calles están pobladas de edificios de una arquitectura europea clásica. Son muy altos, las fachadas lucen detalles hermosos como balcones de forma circular que sobresalen, ventanas de formas impensadas hoy (con protecciones de fierro forjado que simulan flores y enredaderas).

La plaza que se encuentra justo en el centro del barrio está rodeada de árboles y de los hermosos edificios mencionados, que parecen sacados de las calles de la antigua Europa. Aquellas altas y bellas estructuras de cemento protegen a los escaños que rodean la plaza del viento en invierno y de los molestos rayos solares en verano, haciéndolos confortables todo el año.

Un respiro al agitado Santiago

Sin embargo, los edificios ya no alojan a la alta sociedad chilena, donde apellidos como Santa María, Lynch, Ossa o Cox eran vecinos del barrio. Incluso se llegó a establecer entre esas calles con fachadas plagadas de pequeños farolitos colgantes, Vicente García Huidobro. Todos aquellos edificios antiguos hoy son silentes casas comerciales. Alrededor de la plaza hay una discoteca, un restaurante y varias oficinas de negocios de diversos rubros.

El restaurante Zully, por ejemplo, se encuentra alojado en una casona de cinco pisos construida en 1912 y ubicada justo en frente de la plaza. Esta bellísima construcción, que fue la casa de Vicente García Huidobro, hoy es el lugar favorito para cenar de turistas, empresarios y políticos. Es imposible comer allí sin una reserva. Igual de solicitado es el Café Tales, ubicado muy cerca del restaurante, que ofrece café de grano proveniente de diversos lugares del planeta.

A pesar de este cambio, no se ve ni un atisbo de la agitación que se esperaría en un barrio del tipo comercial. Al contrario, no hay un lugar más pacífico en el centro de Santiago que el barrio Concha y Toro donde se puede pasear, disfrutar de una buena sombra en pleno verano, admirando la arquitectura presente. Y quién sabe si al sentarse ahí y mirar esas calles estrechas e intrincadas, usted deje de creer que está en Santiago de Chile y se imagine en pleno centro antiguo de alguna ciudad europea.

El Barrio Concha y Toro permaneció intacto hasta el 2024, año en que fue demolido para dar paso a tres torres edificadas para fines comerciales, en las que es posible quintuplicar varias veces el número de oficinas que había en el antiguo barrio.

Los titanes de Grecia

Villa Olímpica ● Entre Avenida Grecia, Avenida Maratón, Lo Encalada y Carlos Dittborn, Ñuñoa

Daniela González Valenzuela



LA RENOMBRADA VILLA OLÍMPICA COMENZÓ A SER EDIFICADA EN 1961, EN TERRENOS QUE ANTIGUAMENTE PERTENECIERON A LA ALQUERÍA LO VALDIVIESO. CUANDO LA PROPIEDAD LLEGÓ A MANOS DE LA CORPORACIÓN DE LA VIVIENDA (CORVI), LAS 28 HECTÁREAS FUERON CONSIGNADAS PARA LA CONSTRUCCIÓN DE VIVIENDAS DESTINADAS A EMPLEADOS PARTICULARES Y PÚBLICOS. ADEMÁS, CON LA PRÓXIMA REALIZACIÓN DEL MUNDIAL DE FÚTBOL DE 1962 SE PENSABA QUE LOS DEPARTAMENTOS PODRÍAN SERVIR COMO ALOJAMIENTO PARA LOS TURISTAS QUE LLEGARÍAN AL PAÍS.

Por esos tiempos ya se practicaba la costumbre de hacer todo a última hora, por lo que la villa no logró estar terminada para el Mundial y sólo los departamentos más cercanos al Estadio Nacional fueron utilizados para albergar delegaciones extranjeras.

En septiembre de 1962 se publicó un decreto que concedía un departamento en la villa a cada uno de los jugadores que integraron el seleccionado nacional que alcanzó un histórico tercer lugar, incluyendo al entrenador y a su ayudante. Este decreto marcó el espíritu deportivo que tendría la Villa Olímpica en sus siguientes años de existencia.

Hacia 1968 el gobierno de Eduardo Frei Montalva había distribuido la mayoría de los departamentos como viviendas sociales (doblemente espaciosas en comparación a las que se entregan en la actualidad). Destacaba la edificación sólida y arquitectónicamente hermosa para la época.

A 50 años de que los edificios comenzaran a ser habitados, en plena primavera y mientras el calor acecha la ciudad de Santiago, pasear entre los pasajes de la Villa Olímpica ya no es lo mismo que años atrás. No son sólo las grietas que recuerdan a los transeúntes los dos terremotos a los que sobrevivió, sino también la ausencia de jóvenes.

El corazón de la Villa Olímpica es un supermercado que jamás ha sido remodelado, a pesar de los diferentes nombres con que ha sido bautizado

Los titanes de Grecia

(Unicoop, Unimarc, Multiahorro y nuevamente Unimarc). No es una construcción grande, más bien parece una bodega. Las cajas no tienen correa deslizante, su entrada no es grande y las cámaras de seguridad no abundan. Sigue la lógica de un almacén de barrio, sólo que más grande comparado con los pequeños negocios que lo circundan.

La Iglesia Santa Catalina también es parte del centro de la villa que, domingo tras domingo, ha visto circular por sus bancas a los mismos feligreses que ahora ancianos no se pierden ninguna homilía.

Los juegos infantiles no son lo que eran. Hoy quedan pocos niños en la villa y la mayoría de los que permanecen son hijos de vecinos recién llegados, con poca costumbre de pasear al aire libre. El computador y el televisor les son más atractivos.

Las canchas cuentan otra historia. Fueron pavimentadas con aportes de la propia comunidad que llegó a habitar la villa. Eran 14 equipos los que participaban del campeonato deportivo anual, con representantes de los 7 sectores en que se divide el barrio. Por aquella época la villa de calles con nombres griegos era verdaderamente olímpica.

Con la participación de los futbolistas profesionales del Mundial de 1962 el campeonato era idéntico al que utiliza el fútbol chileno en la actualidad: cada equipo poseía tres divisiones correspondientes según la calidad futbolística, por más malo que fuera un jugador; no se quedaría sin jugar. Nombres como Sporting Club, Sparta, Racing o Jean Piere eran reconocidos por los jóvenes del lugar.

Las mujeres también tenían su rol en el deporte. Jugaban voleibol y participaban bajo los mismos equipos de fútbol masculino. El valor deportivo del campeonato recaía en que entre el 60 y 70 por ciento de las jugadoras participaba en algún equipo profesional. Los espectáculos deportivos de la villa eran algo que admirar.

Pasear hoy por las remozadas canchas no deja de tener un gusto amargo. Es común ver jóvenes jugando fútbol mientras disfrutaban de una botella de pisco y una lata de cerveza; mujeres con sus mejores poses de fumadoras a un costado, preocupadas más de sí mismas que de disfrutar del partido. Ya no queda ningún jugador profesional para dar cátedra deportiva, sólo profesionales que dan cátedra sobre la caña.

Ahora la mayoría de los vecinos de Villa Olímpica son o están entrando a la tercera edad y los pocos jóvenes que hay no le hacen el peso a los que participaban en la época de la Unidad Popular. La villa ya no es la misma, eso no se puede negar.

Los departamentos son los titanes griegos de la villa, pero el espíritu guerrero lo perdieron hace más de 30 años cuando sus vecinos bajo un silencio sepulcral comenzaron a escuchar las ejecuciones del Estadio Nacional. Ahí murió la juventud, la fiesta y toda confianza deportiva.

El año 2045 un terremoto de magnitud 9.1 volvió a azotar Santiago, pero la Villa Olímpica no sucumbió. Ningún habitante murió y sólo se produjeron daños reparables. Había otro destino preparado para el conjunto habitacional.

Pedro Z. Sabat, hijo de Marcela Sabat y Pablo Zalaquett, nieto del histórico alcalde de Ñuñoa, llevaba 10 años dirigiendo el municipio. Chile tenía asignada la realización de los Juegos Olímpicos Santiago 2056 y era inminente la construcción de un nuevo gimnasio para albergar las competencias de natación, patinaje, ciclismo y gimnasia rítmica. El único lugar en la comuna que ofrecía el espacio requerido era la Villa Olímpica.

Sabat Jr. expropió las 28 hectáreas de Villa Olímpica con una contundente indemnización a sus propietarios, quienes no fueron consultados. Sólo les llegó el cheque y un plazo de seis meses para abandonar los edificios. Los “ocupa” que abundaban en los departamentos no recibieron ningún beneficio y fueron desalojados brutalmente por carabineros.

Sin Victoria, Chile no pisa bien: el ocaso del calzado chileno

Calle Victoria ● Barrio Victoria, Santiago Centro

Valentina Ibarra



PRÁCTICAMENTE TODO LO QUE VESTIMOS VIENE DE CHINA. LA ROPA QUE DIGA “HECHO EN VIETNAM” O “HECHO EN AFGANISTÁN” YA ES UN LUJO. LAS POLERAS SE TORNAN INUTILIZABLES LUEGO DE UN TIEMPO BREVE Y DESPUÉS TERMINAN SIENDO USADAS DE TRAPERO. PERO ESO YA NO IMPORTA, PORQUE POR POCOS PESOS SE PUEDEN COMPRAR OTRAS PRENDAS QUE DE NUEVO TERMINARÁN HECHAS TRAPEROS.

En cuanto al calzado, las grandes tiendas naturalmente traen zapatos chinos. Se pueden encargar al por mayor a un precio irrisorio. En La Polar, el valor de un par de zapatos parte en dos mil pesos y termina en cinco mil. Calzados Beba, tienda que trae zapatos chinos al por mayor, los vende a mucho menos. Hasta por cien pesos se puede adquirir un par sandalias con una duración máxima de 16 horas.

Parece que el tratado de libre comercio le hizo muy bien al pie chileno, pero un turista nota la diferencia. Una de las primeras impresiones que tiene un extranjero al pisar suelo chileno es que los pies tienen un olor particularmente desagradable por el PVC de los zapatos. También notan el efecto de las suelas de goma de dudosa calidad que también arden al caminar con el infernal calor de Santiago. Todo Chile huele a pata, pero el sentido del olfato está acostumbrado.

Afortunadamente hay una alternativa: usar calzado de cuero. Este material permite que la piel respire y no sude tanto, lo que evita que el temible olor a queso podrido aparezca, implacable y listo para matar pasiones. Es más caro, pero la calidad hace que dure años si es bien cuidado. Incluso algunos nostálgicos usan sus zapatos toda la vida. El cuero se amolda a las curiosas excentricidades del pie de cada persona, al contrario del PVC, que hace que el pie adquiera excentricidades más curiosas aún.

Victoria fue la principal calle dedicada a la confección de zapatos de cuero. Eran varias cuadradas donde se creaban zapatos a la medida. También, en ese sector el cliente podía encargarse de diseños específicos. En el barrio había proveedores de cuero y suelas que abastecían a los artesanos que finalmente

Sin Victoria, Chile no pisa bien: el ocaso del calzado chileno

daban forma a los zapatos. Había algunos modelos bastante simples, pero otros zapatos tenían una atención al detalle y un trabajo muy exquisito. Se trabajaba con la técnica del “petate”, consistente en un entrelazado de tiras de cuero que tarda bastante tiempo en su fabricación. También habían zapatos con perforado en las puntas, como en la moda de los años 40 y 50.

La calle es antigua, eso se evidencia en sus construcciones que datan de principios del siglo pasado. Antes de llegar a las tiendas, había una diminuta plaza, con unos pocos asientos y unos juegos peligrosamente oxidados por el tiempo. Dentro de algunos locales se podía ver a los trabajadores creando sus obras, completamente absortos en lo que hacían, procurando que cada uno de esos zapatos exudara calidad y belleza.

Había algo en Victoria que hacía viajar hacia el pasado. No era solamente por las construcciones antiguas, sino por la añoranza de ese tiempo en que las cosas tenían el valor agregado de la dedicación y cariño de un artesano detrás de esos objetos. Poner un pie ahí ya daba un toque de elegancia, fundamentado en la posibilidad de pedir algo exclusivo y confeccionado con los más finos materiales. Puede que el cliente no tenga una moneda en sus bolsillos, pero sabe que podría hacerlo, que el lujo está cerca.

Los nombres con los que se bautizaban las tiendas también daban la apariencia de elegancia. Ahí estaban los Calzados Mary's, seguramente comandados por una señora María, o Calzados Fran Cynt, donde ese nombre denota que doña Fran pensaba que su trabajo era comparable a los diseñadores más connotados. Con justa razón, pues la única diferencia entre esos zapatos y los de calle Victoria son los miles de dólares que vale el nombre de la marca.

Los artesanos que trabajan en este oficio contaban con una clientela fiel, lo que hacía que el negocio se sustentara, quizás sin muchos lujos, lo suficiente para mantenerse bien. Desafortunadamente, el boom de calzado chino, con sus precios bajos, provocó una pelea en la que los artesanos tenían todas las de perder. Así comenzaron a cerrar talleres de calzado en que habían trabajado cuatro o cinco generaciones de familias.

Las tiendas que cerraban daban lugar a otros rubros como cafés con piernas y moteles. Se mezclaban clientes buscando zapatos y aspirantes a vedette con celulitis, con una que otra pareja de amantes huyendo rápidamente del lugar. También abrieron peluquerías que anunciaban peinados modernos, con collages de ídolos de los noventa como Nick Carter y Justin Timberlake. También aparecieron los puestos de comida que ofrecen platos infartantes (como el Barros Luco o el irónico bistec a lo pobre). En resumen, ahora la gloriosa y fina calle Victoria es como cualquier otra calle de Santiago.

Los artesanos trataron de remediar esto. Pusieron papeles que apelaban a la defensa de lo chileno, no sólo a los zapatos, sino a cualquier cosa que pudiese ser producida en el país. También organizaron ventas especiales para reavivar el moribundo negocio, aunque fuese por un mes. Desgraciadamente, estos esfuerzos obtuvieron escasos resultados. El calzado chileno terminó convertido en otro de los negocios que asesinaron los múltiples tratados de libre comercio junto con el trabajo textil.

Ahora esos mismos fabricantes de zapatos deben pedir trabajo en los lugares que se emplazaron en la calle Victoria. El nombre ya suena como una ironía burda de la derrota del calzado chileno, un chiste de mal gusto, como las peluquerías de ahí y sus desteñidos collages de ídolos noventeros.

El barrio de la jarana

Barrio Suecia ● Calles Suecia y General Holley, Providencia

Francisca Recabarren



PARA HABLAR DE FIESTA O JUERGA EN SANTIAGO HAY CIERTOS LUGARES QUE DEBEN CONOCERSE. DESDE LOS AÑOS NOVENTA EL BARRIO SUECIA HA SIDO UNO DE LOS BARRIOS MÁS DESTACADOS EN LO QUE A LAS FIESTAS SE REFIERE. ABARCA LA CALLE SUECIA DESDE PROVIDENCIA HASTA ANDRÉS BELLO, ADEMÁS DEL PASEO GENERAL HOLLEY.

En la década de los ochenta el Barrio Suecia era conocido por otro rubro. En sus calles existía un boulevard que albergaba a algunos de los diseñadores más distinguidos de la capital. Por esos tiempos la galería de arte Praxis, la casa matriz de Ellus y el taller del diseñador Atilio Andreoli eran parte del sector que también se distinguía por sus negocios de lámparas, muebles y tapices.

En la edad de oro del barrio el panorama era distinto. Durante la década de los noventa las antiguas casas fueron transformadas para albergar, en su interior, distintos sitios de diversión. En sus cuadras destacaba una serie de locales, más de 20, y se podía ver una gran variedad de restaurantes, pubs, discotecas o sandwicherías. Sin contar los conocidos carritos para saciar el apetito posterior a cada jarana.

Muchos han sido los chilenos que han recorrido estas calles en distintos estados, ya sea ebrios o a medio filo, buscando un lugar donde continuar la fiesta que ya comenzaron.

Si el barrio hablara contaría muchas historias de amor, desamor, traición y alcohol. Este último desencadena muchas de las pasiones comúnmente escondidas, llevando los comportamientos al extremo. Es por esto que Suecia ha sido el escenario de diversos enfrentamientos en los que más de alguna persona ha salido herida e incluso muerta.

El barrio de la jarana

Comparado, pero nunca igualado, Suecia se ha puesto al mismo nivel que Bellavista, aunque la ubicación privilegiada del primero, cercano al sector oriente de la ciudad, le otorgaba un público distinto.

El exceso de alcohol y la música a todo volumen fueron algunos de los factores que le granjearon al barrio la enemistad con sus vecinos. El aumento de la delincuencia en el sector, las peleas y los desastres en las calles a la mañana siguiente son ingredientes fundamentales para el desenlace que tendrá este lugar.

No había espacio para otras realidades en uno de los barrios bohemios más importantes de la ciudad en el que, poco a poco, la celebración se ha ido desgastando. Hoy el barrio ya no es el mismo.

Las calles se ven desiertas y donde antes se hacía fila para obtener una mesa o entrar en alguna discoteca, hoy no hay más que unos cuantos garzones tratando de conquistar al público con la carta. Al caminar por estas calles es difícil imaginarse que alguna vez sus locales rebasaron su capacidad de asistentes.

En la actualidad se siguen viendo personas que disfrutaban de los emplazamientos, pero la cantidad nunca iguala a la de antes. Aún existen algunos locales que mantienen su viejo nombre y la infraestructura, pero son pocos ante los que hoy están abandonados. Siendo la tendencia al cierre de los locales por la falta de público que azota, cual plaga de Egipto, al que antaño fuera uno de los barrios bohemios más importantes de la capital.

No es esto lo que provocó la desaparición del barrio. El crecimiento de la ciudad, a medida que han pasado los años, ha aumentado hasta límites insospechados. Este proceso ha traído consigo un incremento de todos los rubros, especialmente el de servicios.

Es por esto que la Municipalidad de Providencia optó por no entregar más patentes de locales nocturnos, especialmente en Suecia, tratando de cambiar el ambiente de la comuna. El edil de Providencia buscaba fomentar la construcción de oficinas y restaurantes gourmet para darle otros aires al barrio.

Los dueños de los distintos locales prefirieron vender sus propiedades para dar paso a la construcción de edificios ante las pocas ganancias y numerosos problemas que estaban teniendo con los bares. Así terminaba un barrio de antigüedad que quedó convertido en una serie de torres.

La mejor alternativa

Barrio Meiggs

• Calle Meiggs, a un costado de la Estación Central de Ferrocarriles de Santiago

Alfredo Rojas Salinas



DURANTE AÑOS EL BARRIO MEIGGS FUE EL MEJOR ALIADO DE LOS BOLSILLOS SANTIAGUINOS. RECONOCIDO COMO UNA ALTERNATIVA REAL A LA HORA DE COMPRAR LOS ELEMENTOS QUE VAYAN VOLVIÉNDOSE NECESARIOS EN EL TRANCURSO DEL AÑO, DEPENDIENDO DEL CLIMA, LAS FESTIVIDADES O LAS SITUACIONES ESPECIALES QUE PUEDAN ACONTECER. DOS HILERAS DE LOCALES COMERCIALES APOSTADOS EN CADA ORILLA DE LA CALLE ERAN LA RIBERA DE UN RÍO DE GENTE QUE ACUDÍA EN MASA HASTA ESTE LUGAR CON LA IDEA DE AHORRAR UN POCO Y AMINORAR LOS GASTOS DE SUS COMPRAS. DE VEZ EN CUANDO, UNO QUE OTRO VENDEDOR AMBULANTE COMPLEMENTABA EL AMBIENTE DEL SECTOR CON SU HUIDA DE LA FISCALIZACIÓN POLICIAL.

En enero la calle solía transformarse en una gran vitrina de artículos de verano donde los flotadores, los trajes de baño, las paletas y las pelotas para la playa y las piscinas se volvían la mejor oferta. Con febrero y la caída del distendido ritmo estival, comenzaba la neurosis colectiva de la vuelta a clases que repletaba los negocios con uniformes y artículos de escuela —que iban desde cuadernos hasta lápices pasta, que podían ser borrados con gomas de miga—. Se mantenían las cosas así hasta que definitivamente los escolares obtenían todos sus utensilios. Cuando el sol perdía el calor de los meses veraniegos, empezaba a llenarse de ropa de invierno a la llegada de mayo.

Parkas, abrigos, chalecos, gorros, guantes, guateros, paraguas y un sinfín de artículos que ayudaban a evadir el frío invierno santiaguino eran colgados en los diversos locales comerciales para llamar la atención del visitante. Hasta el mes de junio el afán abrigador del barrio no se perdía, pero con el arribo de julio la fachada sufría cambios otra vez. El Día del Niño tomaba protagonismo y los juguetes de moda comenzaban a aparecer con precios menores en cada plaza comercial. Juegos de cartas coleccionables, consolas de videojuegos, figuras de acción, bicicletas y muñecas eran algunas de las opciones para obsequiar a los “regalones” de la casa. Luego de esa celebración llegaban los volantines y las banderas para preparar las fiestas patrias.

La primavera llegaba con el mes de la patria. Las parrillas para los asados y los fierritos para los anticuchos se convertían en los principales caballitos de batalla de cada local comercial. Los delantales con leyendas chistosas eran apetecidos por los gorditos parrilleros que jugaban a creerse cocineros

La mejor alternativa

durante septiembre. A la llegada de octubre el lugar adquiría un toque más tétrico: las capas de brujas y hechiceros, las máscaras de monstruos, los dientes de vampiro, los accesorios tenebrosos y los dulces que tanto se codician en la noche de brujas.

De octubre a noviembre las cosas volvían a cambiar. Apenas pasaba halloween, las tinieblas cambiaban por esperanza, los monstruos por pascueritos, las máscaras por risas, los dulces por ilusión y las capas por juguetes capaces de transformar a los niños en las personas más felices del mundo.

Entre noviembre y diciembre la calle Meiggs adquiría un aspecto navideño enternecedor que era repletado a diario por los transeúntes del gran Santiago que, desde el comienzo de la época de pascua, iniciaban la búsqueda de los regalos que sus hijos pretendían obtener para Navidad. Había que cuidar el bolsillo, pero al mismo tiempo no decepcionar a los ilusionados hijos que aguardaban expectantes sus premios al buen comportamiento anual. El barrio se transformaba en el centro neurálgico de los padres, donde los distintos viejos pascueros acudían en masa a llenar sus sacos rojos para transformar el 25 de diciembre en una blanca Navidad. El día previo a las fiestas se transformaba en un caos de nerviosos consumidores que, por un relajo desmesurado, debían pelear por los últimos juguetes para sus retoños.

Apenas comenzaba el día 26, los adornos navideños se cambiaban por toda la parafernalia necesaria para pasar un fin de año movido. Las guirnaldas, challas, cornetines, gorritos festivos, máscaras de lentejuelas y las botellas de champaña se transformaban en los principales habitantes de los stands del barrio Meiggs.

Cada año debía terminar con jolgorio, los locatarios lo sabían bien. Por esos días se vendían los elementos necesarios para una noche de trasnoche, alcohol y baile que valiera la pena. En cuanto terminaba el año, llegaba el primer mes. En enero la calle solía transformarse en una gran vitrina de artículos de verano donde los flotadores, los trajes de baño, las paletas, las pelotas para la playa y las piscinas se volvían la mejor oferta.

Durante el transcurso del año 2027, en una de esas tantas jornadas legislativas que poco consiguen para el bien del pueblo, se aprobó la propuesta de ley que acabaría con el emblemático barrio. La nueva norma estableció que no podían instalarse puestos comerciales en plena calle por el bien del aseo y ornato de la ciudad. Se intentó dar un nuevo lugar a los comerciantes, quienes estuvieron en contra de la medida, pero contra las decisiones que vienen desde arriba poco o nada se puede hacer. Los otrora vendedores del lugar se dispersaron por toda la capital. En conjunto eran una fuerza comercial enorme y con gran arrastre, pero desde la individualidad pocos lograron sobrevivir. Algunos con un poco de suerte, escogieron un rubro en específico que les dio dividendos para mantenerse a flote. La gran mayoría sucumbió ante el alejamiento del que había sido su lugar de trabajo. Algunos melancólicos afirman que la buenaventura de los comerciantes se murió ahogada por la pena.

*Centros culturales: hippies,
libros y un maniquí*

Taller Sol: el ocaso de una época

Centro Cultural Taller Sol • Compañía 2085, frente a Plaza Brasil, Santiago

Paula Fredes



PARECIERA SER QUE CON EL TIEMPO LA PLAZA BRASIL HA PERDIDO PROGRESIVAMENTE SU CUALIDAD DE SECTOR POPULAR Y COSTUMBRISTA. ÉSTE, UNO DE LOS LUGARES MÁS INSIGNES DEL LLAMADO CASCO ANTIGUO DE SANTIAGO, HA SERVIDO COMO UN PUNTO DE ENCUENTRO DE LOS DIVERSOS HABITANTES QUE LO CONFORMAN, COEXISTE EN LA ACTUALIDAD CON NUMEROSAS CADENAS DE CAFÉS O LUJOSOS BARES QUE CADA DÍA AMENAZAN CON DESTRUIR LA IDENTIDAD DE ESTE HISTÓRICO BARRIO. SIN EMBARGO, AÚN PERSISTEN ESPACIOS QUE SE RESISTEN A DESAPARECER A PESAR DE LA VELOCIDAD CON LA QUE AVANZA LA RENOVACIÓN URBANA.

A media cuadra de la alledaña calle Compañía, atrapado por restaurantes que lucen en sus techos invasivos letreros con palabras escritas en inglés e italiano, y cercado por una hilera de autos estacionados, se encuentra un lugar al que el tiempo parece no haber llegado. Tímidamente desde el inmueble número 2085 se erige un edificio amarillo, de infraestructura casi anacrónica comparada con los modernos locales que la rodean.

Sus ventanales lucen letras naranjas con una excéntrica tipografía, tal como si se tratara de un local bohemio de las calles céntricas de París. Pero estas calcomanías lejos de enganchar al transeúnte y trasladarlo a la ciudad de las luces, evidencian los únicos vestigios que quedan de un lugar que brilló en el pasado como el primer centro cultural del país.

Al atravesar las dos grandes puertas que custodian la casa, lo primero que se descubre es una vetusta escalera que cruje tan sólo al apoyarse sobre sus desvencijados pasamanos. A su lado los murales de tonos esmeraldas desplegados por toda la pared, brindan un cómodo contraste que armoniza con carteles que anuncian las diferentes actividades culturales que allí se ofrecen.

Desde el último escalón ya se puede divisar casi completamente la singularidad de este lugar. Es difícil no sorprenderse al ver los cientos de objetos que adornan cada repisa, cajón o estante. Abundan las revistas políticas recolectadas desde los tiempos de la Unidad Popular; los discos de jazz latino,

Taller Sol: el ocaso de una época

trova cubana o algún clásico como The Beatles; postales de los más connotados intelectuales, músicos o simples íconos pop como Marilyn Monroe y, sobre todo, miles de libros apilados hasta el techo, tal como una biblioteca sacada de alguna novela decimonónica.

Desplazarse por el Taller del Sol es como viajar por la historia de los últimos 30 años en Chile. El centro cultural fundado en 1977 por Antonio Kadima y otros compañeros, reconstruye en cada rincón de sus habitaciones la historia de cientos de personas que compartieron desde los amargos años del régimen militar hasta el día de hoy.

El espacio que se constituyó en primera instancia como un refugio para los combatientes del régimen que no habían sido exiliados, se convirtió en la trinchera de muchos que veían en sus manos la posibilidad de retornar a la democracia. Desde el recinto cultural repartieron boletines de información que se destinaban a la comunidad, se planificaron estrategias para derrocar al régimen y se realizaron manifestaciones que constantemente terminaban en complicados allanamientos.

Asimismo, el Taller Sol se convirtió en un destacado medio productor y transmisor de cultura. En él se exhibían obras teatrales, películas, documentales y espectáculos musicales que se presentaban para todos los vecinos y visitantes. Según cuentan los residentes, en los mejores tiempos del Taller Sol, los espectáculos debían exponerse en plena calle ya que sus salas se llenaban, incluso en tiempos de dictadura.

El taller logró sobrevivir a los avatares del régimen militar y de la transición a la democracia, pudiendo conservar la tradición de acercar la cultura utilizando el espacio de la Plaza Brasil y sus alrededores. Por cerca de medio siglo se exhibieron películas y diferentes espectáculos a los que asistieron personas de todas las edades, sobre todo jóvenes cautivados por la historia de sus salas y bibliotecas.

Pese a los problemas económicos por los que atravesaron, debido a las continuas alzas del arriendo del local, el Taller Sol pudo continuar existiendo gracias a la cooperación de sus amigos y vecinos. Se realizaron tocatas para reconstruirlo, ferias de las pulgas para pagar las cuentas, con el fin de salvar al que alguna vez fue el centro neurálgico de la cultura nacional.

Menos de 20 años bastaron para que el Barrio Brasil fuera absorbido por la invasión de restaurantes y tiendas chics. El Taller del Sol también estaba condenado a desaparecer. El 30 de agosto de 2030, justo cuando se cumplían 53 años desde su apertura, se dio la orden de demoler la casa para construir una joyería de un capitalista estadounidense.

Fue así como sólo la estocada de una grúa logró acabar con uno de los más notables íconos de lucha contra el régimen militar. Resistió enhiesto hasta ser el último edificio antiguo que quedó dentro de la explanada del sofisticado Barrio Turístico Brasil. Los archivos y libros que constituían su biblioteca se guardaron como patrimonio nacional y su contenido se subió a la Biblioteca Virtual de Santiago. Sus dueños se quedaron con los discos, películas y obras visuales que adornaban las pocas paredes que quedaban libres de libros. Pero el principal legado se lo llevaron las miles de personas que lo visitaron: la cultura.

La casa del maniquí en el techo

Centro Cultural Azul Violeta • Libertad 143, Barrio Yungay, Santiago

Daniela Orellana



A DOS O TRES CUADRAS DE LA ESTACIÓN DE METRO UNIÓN LATINOAMERICANA SE ENCUENTRA EL CENTRO CULTURAL AZUL VIOLETA. EN EL CAMINO HACIA LA CASA ANTIGUA QUE ALBERGA A ESTE CENTRO ARTÍSTICO SE PUEDE OBSERVAR UN CONJUNTO DE RESTORANES DE COMIDA RÁPIDA Y UNA PEQUEÑA REPARADORA DE VESTUARIO Y ZAPATOS, DE ESAS QUE TODAVÍA USAN MÁQUINAS DE COSER SINGER CON PEDAL.

La calle Libertad es una de las calles principales del Barrio Yungay, lugar donde se celebra la Fiesta del Roto Chileno. En esta celebración no sólo se baila cumbia o cueca, sino también se presentan hermosos números artísticos en telas, trapecio, zancos. Se juega con malabares y la gente desfila en alegres murgas por las calles del barrio. Algunas de estas presentaciones son realizadas por artistas que viven en el lugar. Está demás recalcar que el barrio además de ser conocido por la antigüedad de sus inmuebles y la cantidad de inmigrantes que viven hacinados, alberga a muchas compañías de circo, escuelas de teatro y centros culturales de escasos recursos. Este es el caso del Azul.

Al llegar a la altura del 143, sobresalen de la cornisa de una casa azul las partes fragmentadas de un maniquí. El espectáculo continúa en la entrada de la vivienda. Por dentro los colores de las paredes y las puertas se alternan entre el naranja y el azul. Aparecen algunos murales con arlequines y enmascarados.

En este centro cultural se imparte una gran variedad de talleres relacionados con las artes plásticas, la acrobacia y el circo. Si bien dichos cursos van variando según la temporada, los más destacados son: técnicas aéreas, teatro, fotografía, dibujo-pintura y danza contemporánea. Algunos de los más solicitados pero más esporádicos por la falta de profesores son: danza árabe y afro, maquillaje teatral, máscaras y canto.

Para la realización de estos talleres se han acondicionado distintos espacios dentro de la casa que, por sus formas, deja claro su pasado esplendoroso. Por ejemplo, una de las habitaciones donde se realizan los talleres relacionados a las artes plásticas está todo tapizado con papel de periódicos antiguos y una que otra fotografía de muestras e intervenciones del Azul.

La casa del maniquí en el techo

En el patio que se ubica al fondo de la vivienda se ha instalado la estructura metálica donde se cuelgan las telas y los trapecios fijos. El suelo, con partes cubiertas de cerámica rota y partes de tierra, cuenta con una alfombra que pretende cuidar los pies de los acróbatas pero que sólo logra absorber la orina de gato y la humedad.

En la habitación central se encuentra la cocina y una especie de living-comedor, con una mesa alta y dos sillas que le hacen compañía. Es aquí donde se realizan las recepciones luego de cada presentación con empanadas fritas de queso solo, queso-acelga-choclo y cervezas

Tal y como ocurre en el resto de las casas patrimoniales del barrio, algunas habitaciones han sido subdivididas para que los integrantes del Azul (profesores, alumnos, amigos y todo aquel que pueda ayudar a pagar el arriendo) puedan contar con piezas propias. Como se puede deducir, el Azul es más que un centro donde se imparten talleres, sino que también es una comunidad donde el que ingresa se vuelve parte de esta gran familia.

El ambiente acogedor es una de las características que han hecho que este lugar se haya hecho famoso entre la gente que gusta del arte callejero y el circo. Si alguna vez alguien no tiene donde pasar la noche, necesita usar el baño o un lugar tranquilo donde llorar, sabe que aquí lo recibirán con los brazos abiertos y con una tacita de agua azucarada.

Es verdad, la infraestructura de la casa deja mucho que desear, a pesar de conservar la belleza de sus años dorados. Con conexiones de agua y luz bastante precarias, paredes cubiertas de humedad, vigas comenzando a mostrar los efectos de las termitas y paredes de adobe que se deshace al tacto, resulta asombroso que con el terremoto de febrero de 2010 la casa no se haya hecho polvo.

Por otra parte, el éxito del centro cultural ha llevado a que sus coordinadores suban los precios de los talleres hasta cifras fuera del alcance de sus vecinos y de muchos de los interesados en aprender. En este contexto, la supervivencia del Azul está bastante comprometida.

Luego de que todos los alumnos se retiraran de los talleres, pues los precios habían alcanzado los 150 mil pesos mensuales, Nelson —el carismático director del centro— decidió buscar un taller que fuera tan llamativo que nadie se pudiera resistir. Sin ningún alumno y ninguna ganancia no podían costear el arriendo de la casa y todos los integrantes de la comunidad se habían ido.

Entonces Nelson decidió hacer una súper combinación de técnicas y crear el taller de malabares en fuego aéreo. Estaba desesperado y sus cualidades mentales estaban un poco alteradas, así que sólo decidió hacer una presentación en la estructura del patio como publicidad.

Nelson era profesor de teatro, jamás en su vida se había subido a una tela y eso se notaba en su vientre abultado por la cerveza, mas no le importó aquello. Muchos artistas asistieron a ver el número que prometía ser una revolución para las artes circenses.

El instructor se subió torpemente y escaló con dificultad las telas hasta llegar a la mitad. Retiró las clavas que llevaba sujetas en la boca, éstas chorreaban parafina. En ese momento encendió las clavas e intentó hacer un giro de 360 grados, mientras sonreía sin parar.

Un grito del público y la posterior estampida fue la reacción inmediata de los asistentes. Nelson estaba en llamas, la tela y la alfombra con olor a orina de gato también. Así el fuego bailó entre las habitaciones. En segundos ya no quedaban más que cenizas.

De hippies, circo y marihuana

Casa Árbol • Exequiel Fernández 1009, Ñuñoa

Camila Rebolledo



EN LA COMUNA DE ÑUÑO A, EN LA PEQUEÑA CALLE EXEQUIEL FERNÁNDEZ A LA ALTURA DEL 1009, LLAMABA LA ATENCIÓN UNA CASA CUYA ENTRADA ESTABA COMPLETAMENTE DECORADA CON UN COLORIDO MOSAICO. LOS PILARES DE ROÍDA PINTURA ROJA Y LA DETERIORADA REJA HABLABAN DE UNA DESPREOCUPACIÓN ESTÉTICA. A ESE LUGAR SOLÍAN INGRESAR PERSONAJES VESTIDOS CON HARAJOS, ALPARGATAS Y CINTILLOS DE LANA. SUS PILCHAS LOS HACÍAN PARECER VERDADEROS ARCOÍRIS ANDANTES.

Era común observar, a un lado del portón, una moto, unas cuantas bicicletas estacionadas y una gran cantidad de instrumentos, en su mayoría djembés. Ubicado entre un restorán chino y un colegio, este lugar rompía decididamente el esquema visual y espiritual del barrio.

La casa blanca era animada por un poco de verde. Las ventanas eran enormes, por eso el interior estaba siempre muy iluminado. Las paredes del patio eran verdaderas obras de arte: murales plagados de mensajes y dibujos multicromáticos se erigían por doquier. Muchas plantas y árboles aportaban un aire casi salvaje al espacio. Tal vez a eso se debía su nombre. Al costado derecho, un pasillo llevaba a las personas al jardín de atrás donde se advertían pequeñas piezas y extraños aparatos para realizar acrobacia aérea.

Al ingresar se producía un efecto algo cómico porque la escasez de muebles en cada una de las habitaciones la hacía parecer como una clásica casa abandonada. Colchones en el piso, un par de sillones roídos y platos sucios por aquí y por allá eran el panorama íntimo. Uno que otro cuadro artesanal colgado, con algunos pareos haciéndoles compañía, destrozaban la sobriedad y la pobreza.

Sin importar el día la música se mantenía constantemente encendida a un volumen poco prudente. El reggae envasado jamás daba tregua, menos lo hacían las bandas y el humo que se desprendía de los cigarrillos ilegales. Los conocidos inciensos hindú, Nag Champa, tampoco dejaban un rincón sin su peculiar aroma.

De hippies, circo y marihuana

La oportunidad de efectuar mambos nocturnos a la luz de las velas cada fin de semana no se desperdiciaba: los grupos en vivo y las presentaciones de circo en el enorme patio trasero del lugar eran una excelente opción para cobrar una módica entrada que les permitía seguir viviendo “la vida loca”. Una vez adentro, algunos seres de luz proveían de bajón a todos los invitados, ofreciendo hamburguesas, tacos vegetarianos, queques y toda clase de alimentos naturales.

Las telas y los trapecios no eran mero espectáculo. Los residentes se encargaban de realizar múltiples talleres circenses, danza afro, yoga, capoeira, teatro y arte, entre otras actividades místicas. Otra parte del dinero se recaudaba arrendando piezas a artesanos y músicos, que además contribuían a perpetuar la exótica esencia del sitio. Un ambiente definitivamente alegre, de hermandad, relajo y paz caracterizaba a aquel espacio de ensueño. Conocían poco sobre el sistema y adherían al amor libre. Nada importaba mucho, sólo querer al otro, entregar vibras positivas y ser feliz en un desapego prácticamente total de lo material.

Una noche de diciembre de 2012 habían preparado uno de sus típicos festejos denominados “Rootstock” en honor al famoso festival de antaño, emblema de los hippies. Lo producía Casa Árbol y estaban invitadas conocidas bandas de reggae, ragamuffin y otros estilos apetecidos por la comunidad. Era un evento bastante elaborado, programado especialmente para aquella fecha en la que, se suponía, el mundo llegaría a su fin.

Ahí estaban los arcoíris andantes. El olor a verde se mezclaba con el de los inciensos, formando una masa de un extraño olor. Los dreadlocks danzaban al ritmo de los tambores, las auras estaban encendidas y entregadas por completo a la voluntad de la Pachamama. De pronto, el portón comenzó a remecerse. Por un momento pensaron que estaba temblando, pero un espacio permitía observar a un enorme grupo de hombres de verde tratando de ingresar. Chile había sufrido un nuevo Golpe de Estado y los militares intentaban asesinar a las personas del interior de la casa.

Entonces la reja cayó al suelo. Entraron abultados y enardecidos, fusil en mano. Los hippies fueron devueltos a la madre tierra de un soplido. En un acto simbólico, los integrantes de las Fuerzas Armadas arrojaron una bomba e hicieron estallar el lugar. Cenizas, escombros y cadáveres de colores fueron el resultado de aquel triste carnaval.

Paseos y vueltas por la plaza

Santiago es un paseo

Paseo Ahumada ● Ahumada, entre la Alameda y Compañía de Jesús

Óscar Alarcón G.



PARA UN PEQUEÑO PROVINCIANO, LA VISITA A SANTIAGO DE CHILE ES UNA GRAN EXPERIENCIA. CUANDO SUS ANSIOSOS DÍAS COMPLETAN UN MES SE MATERIALIZA LA INVITACIÓN DE SU PADRE QUE INCLUYE ATERRIZAR EN EL CORAZÓN DE LA CIUDAD. SABE QUE SU ESTADÍA EN AQUEL LUGAR SIGNIFICARÁ PASEAR POR UN LABERINTO DE GIGANTES TORRES DE CEMENTO. NOTARÁ QUE LA GENTE CORRE, COMERÁ COSAS DISTINTAS, SE ENCONTRARÁ CON UN AJETREADO TRÁFICO DE AUTOMÓVILES Y BUSES QUE JAMÁS ESPERARÁ VER EN SU PUEBLO. OBSERVARÁ QUE LAS PERSONAS SON DISTINTAS Y LLEGARÁ COMENTANDO QUE SUS HABITANTES PERDIERON EL BRILLO DE SU VIDA. INCLUSO LA CAPACIDAD DE SORPRENDERSE. SIN EMBARGO, ÉL NO LO HARÁ, PUES SIEMPRE LE BROTA UNA GRAN SONRISA AL MOMENTO DE RECORDAR LO QUE ES SANTIAGO.

Lo extraño es que no recorrerá toda la capital, sino más bien una pequeña parte. Es una extraña metonimia urbana la que ocurre en el Paseo Ahumada.

Para el pequeño toda la ciudad estará en ese largo paseo peatonal. Aquella calle posee toda la modernidad y el adelanto que un orbe de categoría mundial debe tener. Lo sorprenden sus grandes tiendas y la cantidad de comercio. Las luces, la pantalla gigante, la multitud de estilos de vestuario, el metro, los guardias, los kioscos, los baños públicos y el metro. Al pasar de la mano con su padre, el niño se ahoga dentro del laberinto de enormes bloques de cemento que lo acompañan.

El ruido envolvente es aspiracional. Se siente parte del progreso y de los avances que el país tiene. Tiene orgullo de su padre, pues él es parte de todo lo que ve y cree que sus amigos tendrán celos cuando cuente que entró al Eurocentro y les relate todo lo que vio. La cantidad infinita de juegos de video, de pósters, juguetes y aparatos electrónicos. Además de las vitrinas de los grandes comercios, decoradas con grandes maniqués.

Santiago es un paseo

Los aromas del centro se resumen en aquella calle. El viaje tiene olor a café tostado, vainilla y azúcar. Por la calle aparecen estatuas que, con cada peso donado en sus improvisadas alcancías, demuestran una gracia especial. Además, el ejército de trabajadores bien vestidos marcha con actitud desafiante en contra de su mayor enemigo, el tiempo.

El comercio es lo que le da vida al Paseo Ahumada. Sus locatarios hacen lo imposible por captar la atención. En el paseo se encuentran las casas matrices de los bancos más importantes del país. Es curioso que se podría pasar todos los días por ahí y cada rostro parecería nuevo. Incluso para los que siempre se encuentran ahí.

Lo que para algunos es una simple calle, para otros es un paseo, un grato viaje por sus cuadras. Ahumada es una selva llena de gente con sus códigos y señaléticas que no deja espacio para descansar. De hecho, son muy pocas las bancas para sentarse. Así se conforma este espacio libre para un flujo continuo de sus transeúntes.

A pesar de todo, la vida se manifiesta con el sonido de las personas. Este paseo pareciera ser una arteria donde su gente es la sangre que bombea la capital. Con ese objetivo fue creado: revitalizar un área que estaba siendo deshabitada para convertirla en una gran avenida para el comercio.

Resguardado por dos estaciones de metro, una a la entrada y a la salida del Paseo Ahumada, la gente alimenta sus veredas con el eco de sus pasos y las miles de millones de conversaciones que vibran en el espacio. La ciudad se hace pequeña al contar y visualizar la cantidad de personas que transita por ahí.

El Paseo Ahumada posee propiedades que lo hacen único. Logra congregarse a gente en grandes momentos, ya sea para ver un partido de fútbol desde una pantalla gigante o para un encuentro casual. Al pasar todos los días por ahí se verá o se encontrará algo distinto, eso que marcará la diferencia con las demás avenidas y calles del centro de la capital.

Aplastante rutina para quienes pasan a diario por el lugar; pero riquísima experiencia para aquel pequeño provinciano que se encargará de relatar las miles de luces e inmensos edificios a sus amigos. El muchacho convertirá al centro en un gran pasaje para caminar; un gran pasaje que esconde recorridos interminables.

Lamentablemente, con el tiempo, la superficie de la tierra se hizo inhabitable. La contaminación vehicular creó una capa de dióxido de carbono impenetrable. Una espesa faja de humo de 30 metros hizo que todo el comercio que existía en el Paseo Ahumada se cerrara. Hoy el lugar parece un enorme barco que ha tocado el fondo luego de naufragar. La gente prácticamente se desvaneció con el veneno del aire. Todos se han marchado a lugares más altos de la ciudad con tal de reconstruir el lugar que antes era un sueño para muchos.

La plaza que nunca fue

Plaza Baquedano (Plaza Italia) ● Alameda con Vicuña Mackenna

Aristeo Andrés



ES UN HITO CAPITALINO QUE USUALMENTE SIRVE PARA DENOTAR SEGREGACIÓN SOCIAL. ES TAMBIÉN UN PUNTO DE CELEBRACIONES Y REUNIONES. HA SIDO LUGAR DE TANTAS HISTORIAS, A PESAR DE SIEMPRE SER LLAMABA ERRÓNEAMENTE. NO ES LA PLAZA ITALIA, NI TAMPOCO LA PLAZA CHILE, AUNQUE A VECES PAREZCA ASÍ. LLEVA EL APELLIDO DE UN GENERAL DE LA GUERRA DEL PACÍFICO Y ES FRONTERA DE TRES COMUNAS: RECOLETA, SANTIAGO Y PROVIDENCIA.

Desde la plaza nacen tres parques (Balmaceda, Forestal y Bustamante). En el centro del lugar se alza una emblemática estatua de un hombre a caballo. La estatua del general Baquedano, de unos cinco metros de alto, se instaló en 1927 para una de las remodelaciones de la plaza que antes se llamó Colón y La Serena.

Sobre el río Mapocho se encuentra el puente Pío Nono que conecta a la tradicional Escuela de Derecho de la Universidad de Chile y al barrio Bellavista con la Alameda que pasa a llamarse Providencia hacia el oriente. Día a día los alumnos, turistas y ciudadanos pasan, casi obligadamente, por la famosa plaza que es concebida como un punto de referencia por excelencia. Popularmente se dice que quien vive hacia el oriente es de clase alta y hacia el poniente, es del resto.

La pequeña Plaza Italia, ubicada hacia el norponiente, es la que nos obsequió el país europeo en el Centenario de la Primera Junta Nacional de Gobierno (1910). Sin embargo, casi todo chileno cree que esta plaza es la que aloja al general Baquedano en su caballo. Gran culpa tienen los medios de comunicación que siempre se refieren a ella como la Plaza Italia. Pareciera dar lo mismo este hito para los periodistas que se encargan de seguir errando en su denominación.

La plaza que nunca fue

Cuántos recuerdos tiene la gente de esta plaza, cuántos triunfos chilenos se disfrutaron ahí. Campeonatos de fútbol, hitos del tenis, victorias políticas. Cuántas marchas surgieron desde ahí para culminar en el centro histórico de la ciudad. Tantas postales que recuerdan una desaparecida estación de tren que operaba en el sector. Una torre gigante también se alza orgullosa con forma de uno de los primeros equipos celulares: el edificio corporativo de Telefónica. Bajo ella, el tren subterráneo capitalino. El metro, la combinación de las líneas 1 y 5. La roja y la verde se juntan en la estación Baquedano. Un obelisco –parecido al de Buenos Aires– la acompaña en la parte nororiental. Es el monumento al Presidente José Manuel Balmaceda.

Los vecinos de la plaza y los arreglos florales de ésta sufren con la alta concurrencia que tiene para distintos eventos. El caballo del general Baquedano muchas veces ha sido montado por barristas. En ese lugar se han presenciado diversos enfrentamientos entre manifestantes y carabineros.

El “progreso” del modelo económico neoliberal influyó notoriamente en el aumento de automóviles que día a día circulan por su alrededor. Hacia el norte apareció la autopista Costanera Norte que se hunde bajo el río Mapocho.

La Plaza Baquedano es un punto de referencia obligado para quien visita o vive en Santiago de Chile. Pese a ser confundida con el nombre de Plaza Italia, todos se refieren a esta circunferencia que separa la ciudad. Prácticamente cada capitalino ha pasado cerca o debajo de ella. Miles se han puesto de acuerdo para juntarse en el conocido hito, pese a no hacerlo en el lugar preciso. Símbolo de una ciudad que sigue creciendo, esta plaza, no tan plaza por su forma ovalada y función, es un lugar tradicional que tiene más de dos siglos a su haber para observar cómo crece la ciudad a su alrededor.

Ya no como símbolo de ubicación espacial típica de Santiago, sino que como obstáculo para el tránsito fluido de la arteria capitalina, la Plaza Baquedano tendría su final. En un principio se pensó en trasladarla hacia el oriente para favorecer el flujo por la calle General Bustamante. Sin embargo, aprovechando todo el debate público surgió la idea de un paso bajo nivel de la Alameda que olvidaría las postales desde los inicios de la capital.

El 18 de septiembre de 2020 la Plaza Baquedano se despidió de su tradicional ubicación en un acto cargado de recuerdos y de imágenes del progreso de la ciudad. La estatua fue transferida al Parque Bustamante donde acompaña a la de Manuel Rodríguez frente a la torre Telefónica. La Plaza Italia se mantuvo en su sitio y sonríe al estar más lejos de la estatua por la que fue tan confundida.

La gente como reconocimiento a sus dos siglos la recuerda cariñosamente aún como la Plaza Italia con la imagen de la figura de Baquedano y su caballo. Por mucho tiempo fue el alma de Chile y aún se recuerda el lluvioso día en el que fue borrada del mapa. Gracias al metro y su importancia vial sigue siendo un punto de referencia para la gente que le guarda respeto por haber sido, por tanto tiempo, la plaza de Chile.

El parque olvidado

Parque Los Domínicos ● Estación de metro Los Domínicos, Las Condes

Valentina Burgos



LAS HOJAS PARECÍAN BAILAR EN UN SUAVE COMPÁS CUANDO EL VIENTO, EN MOVIMIENTOS CIRCULARES, ACARICIABA LAS COPAS DE LOS ALTOS ÁRBOLES QUE RODEABAN EL ANTIGUO PARQUE LOS DOMÍNICOS. LAS RISAS DE NIÑOS A LO LEJOS Y EL ELECTRIZANTE CRUJIDO DE LOS COLUMPIOS METÁLICOS BALANCEÁNDOSE DE UN LADO A OTRO, OTORGABAN AL LUGAR UNA SENSACIÓN EXTRAÑAMENTE FAMILIAR. HABÍA ALLÍ UN BURBUJEANTE EFECTO QUE LLENABA EL CUERPO DE TRANQUILIDAD AL ENTRAR A ESE PULMÓN VERDE RODEADO DE PEQUEÑAS CASAS DE UN BARRIO RELATIVAMENTE CÓMODO DE LAS CONDES.

Las hojas en otoño, cuando caían en extremos movimientos desde las altas cumbres, regalaban la visión de encontrarse en un mundo maravilloso e idílico, probablemente muy parecido a los paisajes fríos de Inglaterra durante la Edad Media. Vestido de dorado e impactantes tonos al rojo vivo, el parque poco a poco se desvestía y cambiaba sus formas, cautivando a las parejas que tarde y noche, paseaban escuchando suaves baladas provenientes de los músicos que establecían conciertos callejeros cerca de los altos pilares que se encontraban en la parte central del parque.

Muy a lo lejos, al fondo, después de atravesar un mar de pintorescos árboles, la majestuosa Iglesia de Los Dominicos se hacía omnipotente. El templo, estructura colonial enorme, aparecía como una de las visitas clásicas de los extranjeros. En ese paisaje, un pequeño pueblito de artesanos puso sus obras de arte al costado izquierdo del estandarte cristiano.

Ruidos de animales, hombres vendiendo algodones de azúcar y manzanas confitadas a la entrada del pueblito, se volvían la máxima atracción de los más pequeños que, corriendo de un lado a otro, jugaban y entremezclaban sus colores.

Los múltiples matices desplegados eran un mar de sensaciones para quienes frecuentaban la zona, como también, para quienes se encontraban por primera vez con aquel lugar irreal, decorado por personajes enigmáticos y elocuentes que se dejaban engatusar por aquel despliegue cultural.

El parque olvidado

Con cintas de diferentes tonalidades y ferias para todas las fechas, el parque de Los Domínicos era un lugar lleno de vida, un espacio impregnado por la esencia de lo que permanece, por aquel Santiago olvidado entre las redes de lo nuevo. Plaza relegada por una capital que prefirió olvidar sus raíces para alcanzar los sueños que terminaron en un mar metalizado, en un despliegue de rascacielos apagados que se confundieron con el cielo, demacrado y mortificado.

El aire suave a primavera, la lluvia entremezclándose en las hojas y el sol colándose entre los árboles de Los Domínicos, se transforman en un recuerdo sabio de la madre naturaleza.

El parque, defendido constantemente por los ecologistas y fanáticos del sector, fue perdiendo adeptos cuando el Metro de Santiago extendió su línea I y decidió posicionar sus instalaciones en un área que pertenecía a árboles centenarios.

Las bancas rotas, los papeles en el suelo, las inminentes construcciones asechando como leones en la sabana. Las casas pequeñas y acomodadas pierden la finalidad y, en su lugar, se posicionan edificios con numerosos pisos para utilizar mejor el espacio, cada vez mejor pagado.

Los árboles quebrándose, siendo arrancados de raíz. Una condena de muerte otorgada a aquel sitio asombroso que desplegó todo su encanto en la flor de la inocencia de muchas personas que gozaron con las caminatas eternas a la nada.

De las risas infantiles y las caminatas despreocupadas no quedó nada. El mundo se tragó el olvido y vomitó una soledad propia de las ciudades superiores. El ruido de los zapatos en el piso se multiplicó en un eterno ritmo sin vida y pronto todo fue condenado, como suele suceder con aquellos lugares impregnados por la magia. Probablemente se trate de envidia. El ser humano envidia en su esencia y, en ella misma, destruye lo que no puede superar.

Los paisajes medievales se pierden en un grito misterioso que hace eco en la imponente cordillera nevada que aún se mantiene estoica detrás de aquel bosque santiaguino. Mientras tanto, las enormes excavadoras demuelen el patrimonio nacional en una fría lluvia de julio.

Verde oasis en la urbe

Parque San Borja ● Carabineros de Chile 160, Santiago

Sebastián Campos M.



EL METRO DE SANTIAGO TIENE UNA VASTA EXTENSIÓN EN LA CAPITAL DE LA REGIÓN METROPOLITANA. DESDE SAN PABLO HASTA LOS DOMÍNICOS, LAS ESTACIONES NO SÓLO ESTÁN ATIBORRADAS DE PÚBLICO, SINO QUE TAMBIÉN DE NUMEROSAS HISTORIAS.

PLAZA ITALIA ES EL PUNTO QUE DIVIDE LA CAPITAL EN DOS. HACIA EL ORIENTE SE UBICAN ACOMODADOS BARRIOS, MIENTRAS QUE HACIA EL PONIENTE APARECEN LOS BARRIOS POPULARES, DE CLASE MEDIA Y SUBURBIOS DE LA CIUDAD. LA ESTACIÓN DE METRO BAQUEDANO ES EL PUNTO DE INFLEXIÓN ENTRE “RICOS Y POBRES” DE UNO DE LOS PAÍSES MÁS DESIGUALES DEL PLANETA.

Bajando por la línea 1 se encuentra la estación Universidad Católica. Emergiendo desde el interior del subterráneo es posible vislumbrar el nuevo Centro Cultural Gabriela Mistral. Éste vino a reemplazar al histórico edificio Diego Portales que, tras el incendio ocurrido en 2006, quedó totalmente inutilizable. Desde ese lugar es posible apreciar el frontis de la Casa Central de la Pontificia Universidad Católica que le da el nombre a la estación.

Entre los edificios, donde también destacan el imponente hotel Crowne Plaza y la Mutual de Seguridad, se abre paso un camino que lleva a un lugar que destaca entre tanto gris: el Parque San Borja.

Pertenciente a la comuna de Santiago, el verde bosque es uno de los pulmones de la capital. Ingresando por la calle Carabineros de Chile es posible evidenciar un sendero de maicillo que guía por un espacio repleto de vicisitudes.

Verde oasis en la urbe

Los distintos grupos de personas se ubican en disímiles espacios entre árboles y juegos. Abuelos, jóvenes y niños, todos se dan cita los fines de semana para pasar un rato agradable, bailando al ritmo de la música japonesa, disfrutando una cerveza o jugando un picado en la cancha de baby fútbol.

Un grupo de metaleros conversa animadamente en la parte posterior de una iglesia. Todos visten sus atuendos negros, beben licores de dudosa procedencia y recuerdan algunos recitales. Más allá unas abuelas charlan mientras pasean a sus mascotas, una pareja de lesbianas se besa efusivamente y un niño con su madre disfrutan de los juegos infantiles. El extracto resume de manera perfecta lo que es el lugar: un parque donde se congregan credos y pensamientos distintos, un símil de la vida misma.

Cruzando el caminito de maicillo hay una pérgola y, al costado, una improvisada pista de patinaje donde entrena un equipo de chicas con atuendos luminosos, adornados con detalles brillantes que resaltan con el reflejo del sol. Por el mismo sitio, unos cinco jóvenes ensayan rutinas de “para-para”, el baile oriental en honor al animé japonés.

Dentro de las particularidades del lugar aparece una serie de neumáticos apilados entre los árboles. Cabe destacar que el parque colinda con la Facultad de Arquitectura y Urbanismo (FAU) de la Universidad de Chile. Quizás esta torre de neumáticos sea uno de sus trabajos.

La cancha de baby fútbol se ubica en el ala poniente del Parque San Borja. En ella los equipos se rotan para ingresar al campo jugando partidos cortos que se definen por un gol. En las cercanías, un grupo de confirmación canta al ritmo de la guitarra. Son jóvenes católicos que optan por una tarde sana compartiendo con amigos.

Bajo un árbol hay una pareja junto a su pequeño hijo de dos años. Los jóvenes que bordean los veintidós años comparten alegremente. Nicole cuenta: “Acá comenzó a forjarse nuestra relación de amor. Ya son cuatro años desde que egresamos de cuarto medio. Por esos tiempos éste era nuestro lugar y, míranos ahora, con un bebé lo sigue siendo”.

Entre facsímiles de PSU y comentarios de la “Revolución pingüina” de aquellos años, los enamorados encontraban en el San Borja un lugar perfecto para escapar del estrés y la presión. Con la universidad a la vuelta de la esquina, el pasto era sinónimo de relajó. El ambiente, según cuenta Nicole, era distinto a los tiempos actuales: “Prácticamente no se bebía alcohol y preferentemente el lugar albergaba a jóvenes escolares. Uno hoy en día ve a todo tipo de gente, el parque se ha diversificado, con modificaciones de 180 grados”.

La nostalgia alberga a los jóvenes que, sin embargo, siguen viendo al parque como un oasis dentro de la urbanidad, un espacio distinto dentro de tanto gris capitalino.

Corre el 2030 y un grupo de científicos japoneses se toma la capital insertando chips en las personas e incluso en los edificios.

Las pruebas son diarias, ya que el arribo es numeroso. Millones de nipones llegan a bordo de naves que circundan el cielo. Los chilenos se impresionan y salen a las calles para compartir experiencias con los asiáticos.

Los edificios increíblemente cobran vida. La iglesia vecina al lugar decide, tras años de ver desde las alturas a los numerosos jóvenes que se congregaban a beber alcohol en el parque, arrasar con el San Borja. Así murieron los “pokémones del futuro”.

Las puertas de un pulmón

Frontis del Cerro Santa Lucía

● Avda. Libertador General Bernardo O'Higgins, entre Santa Lucía y Victoria Subercaseaux

María Ester Huerta



CON 65.300 METROS CUADRADOS DE SUPERFICIE, EL CERRO SANTA LUCÍA SE CONSAGRÓ COMO UN PUNTO NEURÁLGICO DENTRO DE LA CIUDAD DE SANTIAGO DURANTE CIENTOS DE AÑOS. LA HISTORIA SEÑALA QUE EL CERRO SE LLAMABA HUELÉN, TAL COMO EL CACIQUE DUEÑO DE AQUELLAS TIERRAS, HASTA QUE EL 13 DE DICIEMBRE DE 1541 PEDRO DE VALDIVIA LO BAUTIZARA COMO SANTA LUCÍA EN HONOR A LA MÁRTIR DE SIRACUSA.

Este montículo de tierra ha sido parte del ADN de los capitalinos, un foco turístico capaz de acercarnos a la naturaleza. Un pulmón que llena de vida el contaminado aire de la ciudad. Una ornamentación que va más allá de lo verde de su entorno. Es un símbolo que se ha configurado como un ícono de vida en esta, muchas veces, inerte ciudad.

El frontis de este “paradisíaco” lugar es la antesala perfecta, en materia visual, para adentrarse a un mundo totalmente disímil al que acostumbramos ver cada día entre edificios, calles y autos. Uno con verdes árboles, aire fresco y un entorno que nos lleva cientos de años atrás, cuando el arquitecto Víctor de Villeneuve desarrolló la construcción del acceso desde la Alameda. Villeneuve trabajó posteriormente con el intendente Benjamín Vicuña Mackenna en los proyectos de hermoejamento del lugar. Su arquitectura deslumbra a primera vista. El estilo en su construcción y su relación con el entorno potencian la maravilla natural que se inserta en el corazón de una ciudad tan fría.

Este monumento arquitectónico que se encuentra a los pies del cerro, con sus detalles, no hace más que atraer la atención de quienes pasan por el lugar. El frontis del Cerro Santa Lucía es un atractivo innato: las terrazas, las eternas escaleras y las hermosas fuentes conforman el lugar indicado para iniciar una apasionante travesía por los rincones del gran pulmón que oxigena las sobre cargadas partículas de aire inmóvil.

Las puertas de un pulmón

El Cerro Santa Lucía da la bienvenida a sinfín de panoramas y destinos. La primera impresión aparece por los diferentes pasadizos que ofrecen sus escaleras. Es un verdadero riesgo internarse por aquellos senderos que, juntos, acercan a la cima del mirador que permite tener un panorama visual de todo el Gran Santiago.

Pero, a pesar de todo ello, hay algo que se nos olvida. El cerro, en su génesis, nos remonta a las tierras del cacique mapuche Huelén. Casi cinco siglos después de la Fundación de Santiago, hoy aparecen las relaciones directas para acercarnos o replicarnos ese pasado tan propio que debiésemos conocer.

Las intervenciones que se ejecutaron desde la orden española dejaron atrás un pasado rico en tradiciones y costumbres propias de nuestros pueblos originarios. Se olvidaron los hijos de esa tierra y se implantó una imagen diferente, hermosa pero radical. Totalmente opuesta a como, tal vez, hubiesen actuado los mapuches que eran dueños de este cerro que hoy nos pertenece.

Aunque han sido varios los intentos para insertar algunos elementos de la cultura mapuche, sólo se han escuchado cañonazos por años. Los sonidos característicos del pueblo mapuche, como el de la trutruca por ejemplo, permanecen alejados de los senderos del atractivo turístico. Juan Cabrera (55) ha sido el encargado por tres años de disparar, religiosamente al mediodía, el cañonazo desde la cima del cerro. ¿Tocará algún día la trutruca en honor a los verdaderos habitantes de este lugar? No lo sabemos.

El frontis de montículo de tierra nos habla de una buena forma de incorporarnos al resto del cerro, pero también refleja cómo los parajes de éste fueron afectados por los españoles para, como fue en ese entonces, crear una zona de defensa en contra de los mismos que antes eran dueños del cerro.

Así fue como aquel 13 de diciembre de 2048, en un nuevo aniversario del bautizo del Cerro Santa Lucía conmemorado con la presencia del Presidente de la República, cientos de mapuches se presentaron de manera muy agresiva.

Aparecieron desde las laderas. Con enormes antorchas incendiaron los alrededores más cercanos al escenario puesto allí, en el frontis. Las escaleras, que ya se encontraban en mal estado, fueron totalmente destrozadas. El casco del frontis también recibió lo suyo. El panorama era desolador. La violencia desatada había logrado que uno de los memoriales más importantes de la historia de nuestra capital pasara, literalmente, a la historia.

Cancha rayada de risas

Cancha de baby fútbol ● Calle siete, Santiago

Sebastián Vera



A SIMPLE VISTA OBSERVAMOS UNA CANCHA DE BABY FÚTBOL, PERO NO ES UNA CANCHA COMO CUALQUIER OTRA, ÉSTA NO TIENE ESAS ESTRUCTURAS QUE LLAMAN PÓRTICOS. EN ESTE LUGAR SE PRACTICA EL DEPORTE MÁS HERMOSO DEL MUNDO CON UNOS ARCOS DIMINUTOS. LOS PILARES QUE AFIRMAN LOS TABLEROS DE BASQUETBOL SE CONVIERTEN EN LOS VERTICALES QUE CONFORMAN UN RECTÁNGULO ALARGADO HACIA EL CIELO. ÉSTA PECULIAR CARACTERÍSTICA LE DA UNA APARIENCIA DE LO QUE SE CONOCE COMO FÚTBOL CALLEJERO.

Muchos pequeños, y otros no tanto, frecuentan el lugar. Algunos asisten sólo a jugar un entretenido partido con los amigos del barrio, mientras que otros aparecen para descansar o distraerse un poco. Es común ver a algunos con una cerveza mientras conversan u observan tendidos en el césped alguna guerra que se produce dentro del reducido coliseo.

Los personajes que circulan diariamente por sus alrededores son fácilmente identificables. El falapa es uno de ellos. Un hombre de casi medio siglo y sucio aspecto, siempre deambula por el sector con una botella tapada por una bolsa de plástico. Generalmente se encuentra en un evidente estado de intemperancia, sin embargo, es de esos tíos borrachos simpáticos que cuando te encuentran con la mirada por algún lugar, lanzan una ráfaga de comentarios que provocan una sonrisa espontánea y producen un momento tan agradable como breve.

Muchas pichangas, peleas y un sinfín de ratos amenos han vivido los infantes en este sitio rodeado de verde. Todos los días a las siete de la tarde se prenden automáticamente los focos que iluminan la cancha de asfalto. Es clásica la aparición, en época estival, de los mosquitos que conforman una plaga que no deja conducir el balón tranquilamente.

La botillería se encuentra a unos metros del lugar, por eso no es extraño encontrarse con personas que beben una que otra gota de alcohol. Es totalmente atípico que este espacio sea gratis, ya que no se debe pagar ningún peso por los servicios de iluminación. También es entretenido llegar

Cancha rayada de risas

cuando hay equipos jugando y se les pide si es posible hacer tres grupos para que puedan disfrutar todos. Generalmente acceden a la petición y luego de un gol se rotan las poderosas escuadras.

Las rejas que se encuentran alrededor de la cancha ayudan a que la pelota no se vaya tan lejos cuando alguien la saca del margen. Sin duda esta cancha ha sido un lugar que ha marcado mi desarrollo desde niño, un espacio que ha permitido, en cierta medida, enajenarse de la silente rutina.

Un lugar de barrio, cotidiano, donde los hogares se encuentran a poca distancia del sitio. La gente, las familias, en general todos se conocen, quizás no profundamente, pero encontrar una cara desconocida rondando la plaza o caminando por la calle, hace pensar enseguida en que ese individuo está de paso.

Hace un tiempo llegó como un comentario —de esos típicos de barrio, que muchas veces no se les da importancia por su veracidad de vieja cahuinera— que decía que se construiría un parque, pero esto no era una noticia que alegrara a las familias, puesto que sería un parque privado. Instalaciones modernas, gimnasios y multicanchas que ahora no serían de libre acceso para todos. Una vez más el dinero se imponía por sobre la alegría y libertad de un espacio repleto de buenas vibras y risas.

Poco a poco el rumor comenzó a expandirse, más de alguien lo consideró verdadero. Comenzó así la idea de organizarse para defender lo que de alguna manera consideraban propio. El sentido de pertenencia que tenían los habitantes con el lugar era firme y fuerte.

No podían concebir la idea de que todo lo que habían vivido se desplomaría. Las futuras generaciones no tendrían el placer de vivir algo similar a lo que habían vivido los niños de ayer. El lugar, en muchos aspectos, marcó en distinta medida lo que es la vida de unos. Muchas de las amistades se estructuraban allí, la primera polola, la segunda y por qué no la tercera, eran parte de la historia del sitio que supuestamente desaparecería en poco tiempo.

Cincuenta años después podemos decir que nada de lo antes explicado sucedió. No se construyó ningún parque privado, ni nada por el estilo. Un día de lluvia, como cualquier día de invierno, caían desde el cielo los atípicos granizos. La nieve cubría de blanco el pasto verde, espectáculo poco común que capturaba la atención de toda la población. Todo andaba bien, los niños salían despavoridos desde sus casas para ver este bello espectáculo, nada hacía presagiar el fatal desenlace que tendría esta historia.

De pronto los granizos comenzaron a caer de manera más pesada, ya no eran inofensivos copos de nieve. Paulatinamente el tamaño de éstos aumentaba. Luego de una hora comenzaron a caer bolas monumentales. Eran esferas blancas del porte de una casa. Los proyectiles destruyeron todo lo que tocaron. Autos, postes de luz, árboles. Felizmente ninguna casa se vio dañada, pero la cancha había desaparecido por completo. El lugar quedó cubierto de nieve para siempre.

Después de un tiempo la nieve no se derretía, se encontraba inmune a las más altas temperaturas. Nunca se volvió a encontrar la cancha que quedó sumergida bajo el hielo.

*Espacios públicos
(o con pública)*

Galerías que relatan la historia de un país

Estadio Nacional de Santiago ● Avenida Grecia 2001, Nuñoa

Felipe Guerra



ES UNA DE LAS CONSTRUCCIONES MÁS SIGNIFICATIVAS DE LA CAPITAL. HA SIDO PARTÍCIPE DE EVENTOS QUE HAN MARCADO GENERACIONES, PARA BIEN Y PARA MAL. EVENTOS QUE MUCHAS VECES SE HAN CONVERTIDO EN UN PROBLEMA PARA SUS VECINOS Y AUTORIDADES. SIN EMBARGO, NADIE PUEDE SENTIRSE UN EXTRAÑO AL INGRESAR A SUS DEPENDENCIAS QUE HAN VISTO PASAR NO A MILES SINO A MILLONES DE CHILENOS.

Desde los aires se ve imponente. Al estar inmerso en un gran perímetro rodeado de zonas residenciales, da la sensación de ser el encargado de custodiar la comuna. Es imposible no reconocer en él un agregado importante a la hora de pensar en la identidad de Nuñoa y sus habitantes. "Yo voto en el Nacional", es una frase que puede salir de la boca de cualquier ñuñoíno de tomo y lomo.

El Estadio Nacional fue inaugurado en 1938 bajo el gobierno de Arturo Alessandri, quien le llamó el "elefante blanco". Por ese entonces contaba con una capacidad de 48 mil personas. Fue ideado por los arquitectos Aníbal Fuentealba, Alberto Cormatches y Ricardo Müller, quienes tomaron como referencia al Estadio Olímpico de Berlín. El diseño es un óvalo sostenido por varios pilares consecutivos. Posee escaleras extensas y empinadas que dan ingreso a las gradas. Hoy en día su estructura sigue igual, aunque cuenta con algunas modificaciones superficiales. Por sus muros han pasado distintos diseños que actualmente se encuentran cubiertos por un color blanco. En lo más alto del frontis de Avenida Grecia se encuentra instalada la placa oficial del escudo nacional.

El "coliseo ñuñoíno" se jacta de tener una de las mejores canchas del país, no cabe duda. Casi seis mil metros cuadrados de césped ordenado y bien cortado, reluciente cada vez que el sol lo golpea. En los extremos se ven firmes dos arcos, los que han sido vulnerados por diversos futbolistas que han emergido de los túneles que se encuentran afuera y a pocos metros de los límites de la cancha demarcada con cal. A su alrededor, implacable la pista atlética azul de recortán, siempre perfecta y lista para ser utilizada en cualquier momento.

Galerías que relatan la historia de un país

Todas estas instalaciones durante décadas albergaron actividades deportivas de toda índole. En el recuerdo de los más seniles están los clásicos universitarios y toda la previa al partido que incluía competencias entre barras y fanáticos, un verdadero carnaval que tenía a los estudiantes de la Universidad de Chile y Universidad Católica como protagonistas. Hoy pocas huellas quedan de aquellos años.

El “coloso niñoño”, como le llaman algunos periodistas, es un fiel reflejo de la sociedad actual. Está dividido en muchos sectores, los que se reparten de acuerdo a quien oferte más. Las ubicaciones más alejadas de la cancha pertenecen a galería. Por lo general la gente con menos recursos accede a ella. Hacia el oriente está andes, sector que no está techado, por ende la insolación está a la vuelta de esquina. Finalmente está tribuna, donde están las butacas más cómodas, la mejor visión y un techo que hace más amena la estadía. Ingresar a esta última ubicación no es barato.

Un par de años atrás las localidades más económicas no eran lo suficientemente cómodas, pero con la última remodelación mejoraron en algo. Ya no existen esas antiguas tablas que incomodaban en las gradas, ahora asientos individuales de una tonalidad roja ayudan a sentirse a los asistentes más confortados, sea en galería o en andes.

En la galería norte, un anacrónico y pequeño espacio, se destaca dentro de toda esta remodelación. Como una forma de homenajear a los detenidos desaparecidos del Golpe Militar de 1973, el sitio en donde los presos eran exhibidos a la prensa no fue modificado. De esta manera conservó las antiguas tablas de madera y se enrejó para prohibir su ingreso. Durante los días posteriores al golpe, el Estadio Nacional funcionó como el centro de detención más grande de la región llegando un día a contabilizar siete mil detenidos. En sus interiores fueron torturados miles de militantes después de participar en largos interrogatorios. Otros corrían distinta suerte y eran fusilados.

En la parte superior de la galería sur está el marcador electrónico que no sólo recibe esa función ya que también se utiliza como pantalla gigante. Por supuesto que ésta es una de las instalaciones que más ha evolucionado en el tiempo, y que más ha participado de los grandes acontecimientos deportivos del estadio. El más importante es, sin duda, el Mundial de Fútbol de 1962. Para ese evento el estadio tuvo que aumentar su capacidad a 95 mil personas. Resultados como “Chile 2 – Italia 0” o “Chile 1 – Yugoslavia 0” están en la retina de los que vivieron aquellos años y, por supuesto, el marcador que manualmente había que ir cambiando con pequeños cárteles de la A a la Z y del 0 al 9.

A pesar de los innumerables reacondicionamientos a los que ha sido sometido, su esencia sigue ahí. Macizo y frágil, su suelo ha sido manchado con sangre y euforia, ha albergado alegrías y tristezas. El Nacional es un estadio ambiguo que ha vivido parte importante de la historia de nuestro país interpretando un rol protagónico. Un rol que jamás imaginó tener.

Los pilares cedieron y en un par de segundos toda la estructura se vino al suelo. Lentamente caía el marcador electrónico que se encontraba en desuso. El techo de tribuna se iba trizando metro a metro y las butacas saltaban despedazadas después de la primera detonación de dinamita que terminaba con más de cien años de Estadio Nacional.

La alcaldesa de Nuñoa, Marcela Labbé Sabat, comentaba a los medios: “Durante mucho tiempo buscamos la demolición de este recinto que más que beneficios traía gastos innecesarios. Nuestra prioridad es dejar atrás la historia que guarda y seguir avanzando en el progreso de la comuna”. Al mismo tiempo en que estas palabras eran dichas, la ira de todas las organizaciones sociales que defendían su conservación estalló.

La prensa y las autoridades corrieron, pero la alcaldesa no dudó en continuar con las explosiones: “¡Rápido, imbéciles!”, exclamaba. En una actitud valiente, los defensores lograron penetrar todo el cerco policial, pero ya era muy tarde, el estadio caía por completo y junto con él sucumbía la historia de un país.

Club de Abstemios, club de todos

Club de Abstemios de Chile • Libertad 558, Barrio Yungay, Santiago

Eva Lehto

UN HOMBRE QUE PASABA POR CALLE LIBERTAD PARECÍA BUSCAR UN LUGAR. MIRABA CON CARA DE “¿DÓNDE ESTARÁ?”. LLAMABA LA ATENCIÓN SU VESTIMENTA UN POCO ANDRAJOSA. SU ROSTRO ESTABA ROJO, CON ALGUNAS RONCHAS QUE SE ESPARCÍAN HASTA LLEGAR A SUS BRAZOS. LO MÁS PROBABLE ES QUE SU CUERPO TAMBIÉN LAS TUVIERA.

Era una tarde de domingo y como era habitual la gente del CACH (Club de Abstemios de Chile) vendía cosas para comer en el recinto. Era cosa de pasar y comprar. El caballero parecía desorientado cuando se le acercó un grupo de personas a preguntar qué necesitaba. Su aspecto era como el de una persona enferma que necesitaba ayuda inmediata, un asunto como de vida o muerte. Cuando ya estaba adentro, llegó una ambulancia que se lo llevó.

Como el barrio era pequeño se supo en poco tiempo que el caballero sufría de amnesia y, además, de alcoholismo. Bladimir tenía puesto el pellet, un dispositivo que servía de tratamiento

para dejar el alcohol. Lo estaba consiguiendo, pero gracias a su otra enfermedad había olvidado que lo llevaba y recayó en las bebidas etílicas. Ese domingo se cumplía una semana desde que había salido de su casa. Las ronchas eran consecuencia del alcohol, pues el pellet –al detectar estas sustancias– incitaba su aparición.

El hombre no era del barrio, pero tenía amigos que también padecían de alcoholismo. Ellos le recomendaron el lugar. Gracias a Dios la amnesia no borró la valiosa información, la dirección del club.

El CACH le salvó la vida a este hombre e intenta hacerlo a diario con muchas personas que quieren salir del alcohol y las drogas. El deporte y la cocina forman parte de los métodos utilizados para sacarlos adelante, además de otras terapias que han dado buenos resultados.

Bladimir hoy está bien. Sólo la amnesia lo aqueja, aunque está recuperando la memoria lentamente. Su familia, amigos y el CACH lo apoyan fielmente. El club no es sólo para quienes no tienen la fuerza de voluntad suficiente para abandonar el vicio, sino también está abierto para quienes quieren ayudar a que más personas dejen de empinar el codo desmesuradamente.



El club se derrumbó luego del terremoto del 2021.

Las pacas nos echaron

33ª Comisaría de Carabineros de Chile

● Avenida Guillermo Mann 2100, Ñuñoa

Catalina Moya Catalán



DONDE AHORA ESTÁ AQUEL SUPERMERCADO LIDER, IMPONIÉNDOSE CON SU AVISO DE NEÓN EN TODA LA ESQUINA, ANTES HUBO UN COLEGIO. TODOS LE DECÍAN LA ESCUELA AMARILLA. SI ALGUIEN DECÍA EL VERDADERO NOMBRE DEL COLEGIO NADIE ENTENDÍA, SÓLO AQUELLOS QUE VIVÍAN AL FRENTE DE ÉL. ERA GRANDE PARA SER COLEGIO, TENÍA DESDE PRIMERO A OCTAVO BÁSICO, NUMEROSAS SALAS BIEN EQUIPADAS; UN PATIO AMPLIO CON UNA CANCHA DE CEMENTO, CON ARCOS Y GALERÍAS; AL FINAL DE ÉSTE UNOS GRUESOS LAVATORIOS DE CEMENTO, CUYAS LLAVES SOLTABAN AGUA CON FURIA; UN ENORME CASINO TIBIO EN INVIERNO, CALIENTE EN VERANO Y MONTONES DE NIÑOS CORRIENDO POR LOS PASILLOS DURANTE LOS AÑOS 60 Y 70.

Ginette Catalán fue a esa escuela cuando niña. Reconoce que para ser una escuela pública era increíble lo bien implementada que estaba. “Teníamos de todo, nos daban almuerzo todos los días, teníamos materiales para trabajar en arte, en música. A los que no tenían cuadernos se los regalaban, nadie se salvaba de no estudiar ahí”, dice entre suspiros cortos. Pero cuenta también que aquel edificio no podría durar eternamente, pues “cuando yo estudiaba ya era antiguo”.

No obstante, la estabilidad de aquella inocente escuela cambió con el Golpe de Estado de 1973. Después de las transmisiones de lo que ocurría aquel terrible día, numerosos balazos se empezaron a sentir a las afueras de la escuela. Jóvenes que no aceptaban el nuevo régimen habían salido a la calle a manifestarse, pero ignoraron lo que traía consigo el nuevo orden y los reprimieron a disparo limpio. Todos los estudiantes recibieron la orden de esconderse bajo las mesas por si alguna cruzaba los vidrios. Todos hicieron caso y estuvieron así una media hora, algunos llorando, otros expectantes y emocionados. Los profesores intentaron calmarlos, después de todo, sólo eran niños.

El momento de fama que tuvo aquella escuela fue precisamente cuando dejó de serlo. Carabineros necesitaba un lugar cercano a la población que colindaba con la escuela. El tráfico de drogas se había vuelto insostenible y la comisaría más cercana estaba casi a cuatro cuadras.

Los pacos nos echaron

Una mañana un grupo de vecinos apareció protestando y cortando el tránsito porque la autoridad había dejado a sus hijos sin colegio. Llegó la “tele” pero no fue gran cosa, de todas formas Carabineros haría uso del lugar. La escoba quedó cuando los “pacos” se instalaron. Cuando hicieron ingreso y empezaron a pintar de tal característico color verde las paredes, los vecinos perdieron el control y empezaron a arrojar ollas, palos, piedras, botellas, bolsas con basura y todo lo que tuvieran a mano. La imagen más ilustrativa de esta situación fue un colchón manchado que amaneció al otro día en el patio delantero del pequeño edificio. La televisión mostraba como los carabineros lanzaban el colchón hacia afuera. De inmediato los vecinos lo devolvían a la velocidad de la luz.

La segunda vez que este ex colegio, actual Comisaría, gozó de fama televisiva fue cuando grabaron Hippié, la telenovela que transmitía Canal 13. El drama estaba ambientado en época setentera. El lugar cobró importancia cuando uno de los “jovencitos” de la teleserie era detenido por las fuerzas policiales y tenía que actuar como un rebelde. El lugar era perfecto porque tenía un aspecto antiguo que no se lo sacaba nadie: puertas anchas, paredes gruesas, ventanales, detalles en los marcos. La grabación fue realizada unas ocho veces. Los actores se subían a un furgón a ver qué tal quedaba y luego debían bajarse a hacerlo de nuevo hasta que saliera perfecto. La producción tapó ambas esquinas con autos antiguos para que no se vieran los autos modernos pasar. Los vehículos causaron total sensación.

Las más jovencitas suspiraron por Gonzalo Valenzuela (“el manguera”). Los hombres observaron detenidamente a María Elena Swett, soltando comentarios como “muy flaca”, “en la tele es más linda” o “a’onde, está entera de rica”. Las mayorcitas prefirieron a Pablo Macaya. Cada vez que terminaban de grabar el fiel público presente aplaudía.

Harto cariño le había tomado la gente a los carabineros, hasta los mismos traficantes eran amigos de ellos. Incluso en la población se formaron algunas familias con padre policía. Ése fue el problema, cuando la gente pobre se encariña con algo, vienen y se lo quitan.

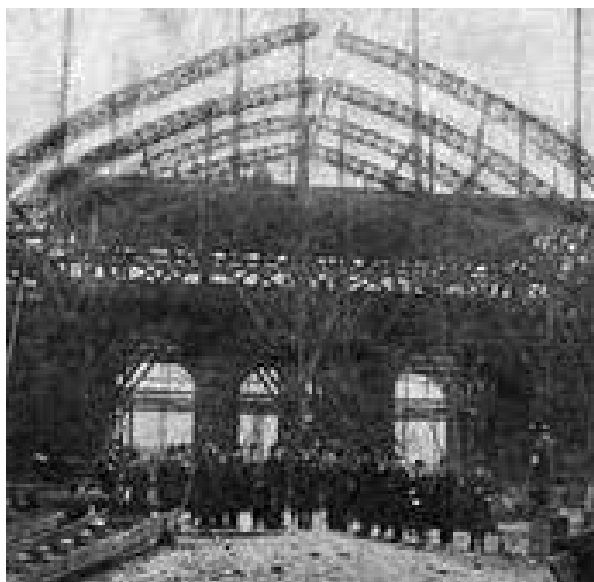
Actualmente hay un supermercado LIDER de barrio en aquella esquina. El edificio anterior fue demolido, dejando en pie sólo las paredes externas. Esta vez no hubo tránsito cortado ni colchones en el patio delantero.

Próxima parada: Estación de los recuerdos

Estación Mapocho

● Plaza de la Cultura sin número, estación de Metro Cal y Canto (línea 2)

Juan Pablo Pavón



“TRANSFORMAREMOS A SANTIAGO EN EL PARÍS DE AMÉRICA”. ÉSAS FUERON LAS PALABRAS FINALES DEL DISCURSO DEL ENTONCES RECIÉN ELECTO INTENDENTE DE SANTIAGO, BENJAMÍN VICUÑA MACKENNA. EN 1872 LA CIUDAD DE SANTIAGO AÚN CONSERVABA, MAYORMENTE, SU ESTILO COLONIAL CON CASAS BAJAS DE ADOBE, IGLESIAS POR DOQUIER Y CAMINOS DE TIERRA POR LOS QUE TRANSITABA EL GANADO. VICUÑA MACKENNA SE HABÍA PROPUESTO DESARROLLAR UN PLAN MODERNIZADOR CON EL QUE LA CAPITAL DEL PAÍS PODRÍA VANAGLORIARSE PÚBLICAMENTE. PAVIMENTACIÓN DE CALLES, CREACIÓN DE NUEVOS BARRIOS, MAYOR SEGURIDAD Y UN PROYECTO URBANIZADOR EFICIENTE ERAN LOS PUNTOS ESENCIALES DEL PLAN. UNA DE LAS INICIATIVAS EJECUTADAS FUE LA CANALIZACIÓN DEL RÍO MAPOCHO, ACABANDO ASÍ CON LA MALA COSTUMBRE DE USAR SU LECHO COMO BASURAL.

Aquella última actividad realizada sobre el Mapocho generó un importante espacio de terrenos ganados al río. Es por esto que, entrado ya el siglo XX, se hizo imperativa la utilización eficiente de aquella zona. El 18 de mayo de 1903 Francisco Rivas Vicuña, ministro de Obras Públicas e Industria, dio comienzo al trazado de planos y determinación del presupuesto de la nueva estación de trenes que, por mandato, “se encontrará en la ribera sur del río Mapocho entre las calles Bandera y Morandé”.

“El edificio cubrirá una superficie de 5.400 metros cuadrados. Una gran sala de 60 metros de frente permite a los pasajeros la entrada directa a las distintas salas de espera. El servicio de equipaje tanto de salida como de llegada se hará por la calle lateral sur entre Bandera y Morandé que se va a ensanchar en 20 metros. Estos servicios están comunicados con la gran sala del público. El interior se compone de una sola nave de 40 metros de ancho por 70 metros de largo con cuatro andenes longitudinales y tres dobles vías (...) El presupuesto del trabajo es de 392 mil 514 pesos 38 centavos. Se calcula que podría terminarse en dos años”, rezaba el documento de construcción de la Estación Mapocho en 1904.

El trabajo encargado al arquitecto chileno Emilio Jecquier no se vería finalizado sino hasta varios años después. El magno proyecto que inició obras en 1905 tuvo que retrasarse debido al desvío de recursos para la reconstrucción de la ciudad de Valparaíso, sacudida por un terremoto el 16 de agosto de 1906. La Estación Mapocho fue inaugurada finalmente el 10 de mayo de 1912, re programándose todos los viajes hacia Valparaíso y Los Andes para pasar por aquel sector.

Próxima parada: Estación de los recuerdos

Jecquier había sido estudiante en la escuela de Beaux Arts, en Francia, recibiendo lecciones del mismísimo Gustave Eiffel. Por eso no es casualidad que la Estación Mapocho fuera exponente del mismo estilo neo clásico que imperaba en el mundo desarrollado. Su bóveda de acero fue construida en Bélgica. Sus vitrales y puerta principal fueron traídos desde Francia. El tramo también permitía viajar hasta Iquique, conectando en la ciudad de La Calera o a Mendoza o Buenos Aires al conectar con el tren trasandino. Posteriormente fue posible llegar hasta la ciudad de Puerto Montt a través de esta insigne estación.

“Me acuerdo que cuando niño tomaba el tren aquí y demoraba como cuatro horas en llegar a Valparaíso”, comenta un hombre de mediana edad mientras le señala a su hijo el final de la construcción con su índice. Aquella realidad cambió drásticamente en 1961, cuando el gobierno de Jorge Alessandri Rodríguez trajo los trenes eléctricos AMZ.

Con esta innovación el trayecto a Valparaíso tardaría poco más de dos horas y cuarenta minutos, con una velocidad máxima de 130 kilómetros por hora. Posteriormente la Estación Mapocho acogió, en 1971, a los vanguardistas automotores eléctricos AEZ. Lamentablemente este lugar no estaba entre las prioridades del gobierno militar liderado por Augusto Pinochet. La construcción comenzó a sufrir un acelerado deterioro, cerrando servicios y trayectos, hasta concluir con un choque de trenes en 1986 que llevó a la suspensión de los servicios hacia el puerto. La colisión significó también la clausura y abandono de la estación el año siguiente.

Pese a ser declarada monumento histórico nacional en 1976, aquella acción no ayudó en nada a conservar la esencia del inmueble respecto a su función original: recibir y trasladar ferrocarriles. Luego de su abandono y deterioro, el retorno a la democracia trajo la necesidad de renovar aquellos sectores de la capital que por décadas estuvieron descuidados. En virtud de la cercanía de 1992, fecha de celebración de los quinientos años del Descubrimiento de América, la monarquía parlamentaria española entregó recursos para la creación del Parque de los Reyes que, en conjunto con la restauración y transformación de la estación Mapocho en centro cultural, se transformaron en el gran proyecto de revitalización de Santiago Poniente.

Hoy, pese al constante movimiento y ajeteo que reúne el Centro Cultural Estación Mapocho, no es posible olvidar que —en virtud del sistema liberal que instauró de distintas formas el gobierno militar—, la cultura tiene poco peso frente a las leyes de mercado. Previo al proceso de restauración de la ex estación, y pese a ser monumento histórico, la Municipalidad de Santiago y el Estado se encontraron a pasos de vender el edificio a una compañía de helados para que instalara allí una distribuidora. ¿Qué tanto más sencillo será provocar la desaparición de este recinto cuando el capital pujan con más potencia?

La esquizofrenia colectiva es sólo virtud de unos pocos grupos y personajes que se encuentran hoy para evitar la demolición del mítico espacio de estación Mapocho. La comuna Sub-Santiago Poniente optó por vender, con la autonomía adquirida años atrás, todo el terreno a la inmobiliaria más importante de la Italia Republicana. El presidente de la junta señaló la construcción del segundo hotel más grande de América Latina, sólo después del “Revolution”, creado el 2027 en Cuba.

Las maniobras legales blindaban absolutamente cualquier tipo de actuar de la municipalidad y el gobierno de turno. Desde 2029 se mantenían conversaciones reservadas con representantes de la inmobiliaria para obtener la venta del lugar. “Esto será todo en beneficio de los habitantes de Sub-Santiago Poniente. Parte de las ganancias serán entregadas para la construcción de una clínica pública, crearemos un espacio gratuito de juegos electrónicos y daremos un bono de 14 mil libertarios (moneda actual) a cada habitante inscrito en la comuna”, señaló el alcalde por televisión.

El día de la destrucción del centenario Centro Cultural Estación Mapocho fue cuidadosamente seleccionado: el 10 de mayo de 2032, 120 años después de la inauguración de la estación de trenes más importante de Chile. Los manifestantes fueron evacuados con la extrema violencia que el Estado de Derecho otorga a las fuerzas de orden público. Antes de la demolición, el alcalde dio un último discurso con su sintética sonrisa y procedió a presionar el detonador. Luego de la explosión, el material cayó repentinamente bajo el nivel inferior de la extinta estación de trenes, generando a los espectadores la misma imagen y los mismos deseos de grandeza que tuvieron los habitantes de 1912 cuando emprendieron la creación de este emblema cultural de nuestra nación.

Las ruinas de Schneider

Liceo de Aplicación ● Cumming 21 y 29, Santiago centro

Roberto Rubio Ramírez



EL LICEO DE APLICACIÓN ESTÁ MUERTO. ES UN CADÁVER ARQUITECTÓNICO EN DESCOMPOSICIÓN UBICADO EN EL CENTRO DE SANTIAGO. SUS DOS EDIFICIOS, CUMMING 21 Y CUMMING 29, OBSERVAN IMPÁVIDOS COMO EL RESTO DE LA CIUDAD SE DESARROLLA MIENTRAS ELLOS CONTINÚAN AHÍ, SIMPLEMENTE SIENDO PARTE DEL PAISAJE. AUNQUE LOS SEPARA LA CALLE ROMERO, LAS DOS ESTRUCTURAS ESTÁN UNIDAS POR UN TÚNEL SUBTERRÁNEO QUE AHORA SE ENCUENTRA A MEDIO CAER. EL DERRUMBE DEL TÚNEL FUE EL PUNTO CRÍTICO QUE HIZO QUE EL LICEO TERMINARA ABANDONADO. LOS ESTUDIANTES DEBIERON SER TRASLADADOS A OTRO RECINTO EN LA CALLE HUÉRFANOS Y EL EDIFICIO ANTIGUO QUEDÓ EN CUSTODIA DE GUARDIAS MUNICIPALES Y DE LOS PROFESORES DE EDUCACIÓN FÍSICA QUE UTILIZAN EL GIMNASIO PARA HACER CLASES.

Entrar al Liceo de Aplicación es como entrar a un museo de lucha estudiantil. Aún se encuentran en sus paredes los gritos desesperados de alumnos que en algún momento exigieron un cambio. Murales descuidados, graffitis mudos y clásicos rayados que aludían a cierto profesor o alumno, ahora parecen contar una historia ancestral. Sin embargo, no siempre fue así, el Liceo de Aplicación tuvo su edad de oro. El último gran logro fue durante el año 2006, cuando se transformó en el “centro de mando” de la llamada Revolución Pingüina. Durante la dictadura militar también fue el epicentro de un importante movimiento revolucionario estudiantil apoyado obviamente por apoderados y docentes. Lo que queda ahora es solo un pequeño vestigio de lo que fue en su momento.

La pintura de los muros se está descascarando, el piso tiene hoyos y aún permanecen algunas barricadas hechas de sillas y mesas en los pasillos. Resulta raro pensar que alguna vez cientos de alumnos caminaron por estos mismos pasillos que ahora se encuentran llenos de polvo y basura. Y esto es solo en el vestíbulo del primer nivel. En el segundo piso el escenario es peor.

Del techo cuelgan móviles de cartón piedra pintados con témpera, seguramente olvidados por algún profesor de artes visuales. Tienen formas abstractas: espirales, esferas unidas a algo que parece un pulpo, modelos de aviones imposibles y otras extravagancias. En las salas no hay nada. Un

Las ruinas de Schneider

par de sillas. La pizarra sucia. Hay algunas ecuaciones sin terminar. Los vidrios de las ventanas están rotos. Impresión, y algo de angustia, provoca ver el ventanal más grande del segundo piso hecho añicos.

La mitología aplicacionista contaba que el marco de aquel ventanal había sido diseñado por el ingeniero francés Gustave Eiffel, el mismo creador de la torre parisina. A través del vidrio se ve el patio del otro edificio, el de Cumming 21, y la calle Romero. No pasa nada. Ni en la calle, ni en el liceo. El resto de las salas están abandonadas. Sorprendentemente no hay ratones. Cuando había alumnos acá no era raro ver de vez en cuando algún roedor dirigiéndose al techo. Deben haber emigrado al gimnasio o al basural que estaba detrás de éste.

Aquel lugar también está dentro de los "históricos". Ahí vivía "el Zizi". Un auxiliar que habría estado durante décadas en el liceo y que, cuenta la leyenda, murió de soledad cuando los estudiantes fueron trasladados. Ya no se puede entrar al antiguo hogar del Zizi, la puerta está con candado. Tampoco se puede bajar al túnel. Otro candado cierra la puerta. Ahí estaba el casino. La fila con alumnos que exigían un pan con mantequilla y una taza de leche caliente era enorme, sobre todo en invierno.

En el gimnasio sí es posible escuchar los chirridos de los ratones en el techo, o quizás son palomas atrapadas. Las vigas de metal que sostienen la estructura también habrían sido diseñadas por Eiffel. Nunca ha estado claro si ese rumor, que en primer año lo cuentan como la gran hazaña histórica del Liceo de Aplicación, es cierto. Extrañamente los baños están limpios. Dentro de los márgenes de limpieza posible de un baño de colegio municipal abandonado. Solían ser más sucios, con peor olor. Ahora no están tan mal. Incluso es posible ocuparlos sin necesidad de aguantar la respiración. "KEREMOS LA RECONSTRUCCIÓN", dice un gran rayado rojo en el espejo del lavamos. El patio se encuentra vacío. En la multicancha ahora solo corre el viento. Ya no hay más "canarios" que utilicen este lugar.

Cada día el edificio envejece más. Poco queda de lo que fue, ya no hay nadie que se encargue de mantenerlo vivo. Al menos, todavía están los árboles, y los recuerdos de los jóvenes que pasaron por este lugar y que conservan la esperanza de que algún día el Liceo de Aplicación vuelva a ser el colegio de excelencia con el establecimiento que se merece.

Como era de esperar, el Liceo de Aplicación jamás fue reconstruido. El 9 de abril de 2016 el recinto fue declarado "inhabitable por razones de sanidad". Los ratones se multiplicaron hasta alcanzar números insospechados. A pesar de las presiones realizadas por los ex alumnos, el alcalde de Santiago, Patricio Laguna, expropió toda la cuadra y demolió los edificios. Las estructuras metálicas diseñadas por Gustave Eiffel fueron fundidas y devueltas a Francia bajo el rótulo de chatarra. Actualmente, es posible encontrar en los antiguos Cumming 21 y 29, el mall y Centro Urbano Schneider, llamado así en honor al fundador del olvidado Liceo de Aplicación.

Calma burgués

Club Hípico de Santiago ● Avenida Blanco Encalada 2540

Santiago Valdés



EL CLUB HÍPICO DE SANTIAGO NACIÓ EN UNO DE SECTORES MÁS ELEGANTES DE LA CAPITAL DEL SIGLO XIX, A UN COSTADO DEL BARRIO REPÚBLICA. SI LA ARISTOCRACIA DE ESE ENTONCES HUBIERA PODIDO VISLUMBRAR EL FUTURO DEL CLUB, MUY POSIBLEMENTE HUBIERA TRATADO DE EVITAR LO QUE ES HOY. POR UNA MÓDICA SUMA, QUE NO SUPERA LOS 500 PESOS, SE PUEDE DISFRUTAR DEL CADÁVER DEL CLUB JUNTO A SUS GUSANOS, GUSANOS SEGÚN LA MIRADA DEL HOMBRE DE SOCIEDAD DEL SIGLO XIX.

A las 5:30 de la mañana se inicia el trabajo todos los viernes y lunes por medio. Limpieza, cuidado del pasto de las varias hectáreas y, lo más importante en cuanto a las funciones clásicas del club, los caballos. Muy temprano las bestias, encerradas por la noche, son liberadas para que estiren sus músculos equinos.

Cuando las manecillas del reloj dan las dos de la tarde se abren las puertas del recinto. El público, compuesto por casi puros hombres, ingresa portando diversos tragos escondidos en sus vestimentas.

Hay tres sectores en el club para la gente, las zonas donde serán ubicados los hombres dependerá del poder adquisitivo de cada uno de éstos. Mirando las gradas desde la cordillera: 500 pesos la galería derecha, 300 pesos la izquierda y, sobre aquellas gradas, los socios del club, invisibles para el resto de los asistentes.

Las diferencias entre ambos sectores para la población común son sutiles a simple vista. Después de las gradas se extiende un patio con un ambiente más “familiar” donde abundan niños. Incluso ahí el alcohol siempre está presente.

En el límite del patio, antes del pasto por donde corren los caballos, se alza un pequeño camino de tierra donde se exhiben los competidores de la carrera a presenciar. Entre el camino y la pista, en la grada de los 500 pesos, hay una baranda que no supera el metro y medio. En cambio, en el sector de las gradas de 300 pesos el espacio es separado con una reja de algo más de dos metros.

Colmo burgués

Al club asisten hombres de todas clases sociales. Una fotografía de la galería de 500 pesos es un resumen del macho chileno: hombre sereno, acompañado de otros ebrios, amigos de todos. En la galería de los 300 pesos baja el nivel social, ahí se traficaba la cocaína que fue incautada hace algunos días. Este espacio cobija los asados que, en reiteradas ocasiones, son “amenizados” por una que otra pelea.

Entre las gradas hay varias “farmacias”. Así las denomina un hombre que está sentado, esperando clientes en su negocio. En estas “farmacias” se vende alcohol, en sus diversidad de precios y variedades. Los locales de arriba, aparte de vender bebestibles, sirven comida. Aunque hay gente tomando dentro de las farmacias, es totalmente legítimo comprar algún remedio e ir a curarse a las gradas. Además de las boticas, el club posee diversas ventanillas donde apostar.

El lugar donde se ubican las farmacias es arrendado por los propietarios de éstas al Club Hípico. La renta de las dependencias del club para eventos masivos y matrimonios constituyen el principal ingreso de la entidad.

La música del cliché suena por los parlantes y empieza la carrera. Poco a poco se van acercando los animalillos, montados por pequeños jinetes vestidos con ridículos colores. A medida que los caballos se acercan a la meta, que está frente a las galerías, la arenga del público va creciendo. Brazos en el aire, manos frenéticas, alaridos desesperados in crescendo. Se sienten las patas de los caballos golpeteando el suelo. La carrera finaliza y el director de orquesta invisible detiene rápidamente la sinfonía avant garde. Pocos son los que dejan sus asientos para cobrar sus ganancias. Entonces el burgués del siglo XIX ignorará aquellas gradas y pondrá atención a los palcos climatizados que están sobre ellas. Funcionan bajo la misma lógica de las farmacias, pero con gente de mundo. De este modo el hombre se sociedad suspirará aliviado hasta que... descubra que entre los socios del club está Kike Morandé.

Y así pasaban los días lunes por medio y todos los viernes en el Club Hípico de Santiago. Alrededor de las 20:30 horas la mayoría de la gente salía del lugar, aunque el club cerraba más tarde. El fantasma de los hombres del siglo XIX fue el que terminó con el club. Poco a poco ser parte del Club Hípico se transformó en siutiquería. Los grandes socios e inversionistas dejaron de asistir. La falta de financiamiento hizo que la junta directiva, liderada por Felipe Avello, decidiera vender los terrenos del Club Hípico el año 2033. Hoy se construye un mall en su lugar.

La otra puerta del Cementerio General

Antiguo Hospital San José • San José 1053, Barrio Recoleta, Independencia

Giannina Varnero Rain



EN EL NÚMERO 1053 DE LA CALLE SAN JOSÉ DEL BARRIO RECOLETA, HISTÓRICO SECTOR MÉDICO DE SANTIAGO, SE ENCONTRABA EL ANTIGUO LAZARETO EL SALVADOR. ÉSE FUE EL NOMBRE, EN SUS INICIOS, DEL ANTIGUO HOSPITAL SAN JOSÉ QUE COMENZÓ A CONSTRUIRSE EN 1842 Y FUE ABIERTO ANTES DE SER TERMINADO, EN 1872, EN MEDIO DEL CONFLICTO DE LAS EPIDEMIAS.

Los lazaretos no eran comunes instalaciones médicas, pues eran centros asistenciales de aislamiento para personas afectadas por enfermedades mortales de aquellos tiempos, como cólera, tuberculosis o viruela. En el San José, los grandes pasillos y diversas secciones, bien separadas las unas de las otras por amplios jardines, albergaban a personas que tenían poca esperanza de salir con vida. Basta decir que una de sus paredes principales colinda con el Cementerio General. Este mismo había proporcionado parte de sus terrenos para la construcción del lazareto, el cual tenía conexión directa con el camposanto.

El lugar contaba con una gran cantidad de salas unidas por pasillos y espacios abiertos. Existía una gran cantidad de jardines, muchos de los cuales alojaban pedestales con santos a los que se les suplicaba por la cura casi imposible de los enfermos del lugar. Los árboles centenarios vieron pasar varias generaciones de enfermos que nunca salieron de ahí. Con el paso del tiempo la realidad fue cambiando y muchos pudieron ir saliendo gracias a los avances médicos.

Al igual que los otros existentes, este lazareto subsistía en sus inicios —más allá de los recursos económicos—, por la labor humanitaria de las monjas que atendían a los enfermos del lugar. Muchas religiosas terminaban corriendo igual suerte que sus pacientes. Ellas y los enfermos dieron origen a macabras historias fantasmales que nutrieron a diversos programas de televisión, ansiosos por grabar espectros sufrientes del pasado.

Con el pasar de los años el hospital cambió drásticamente su carácter de centro infecto-contagioso gracias a la modernización y al creciente control de estas patologías. El centro dejó de ser una instalación para enfermos en eterna cuarentena y pasó a tener diversas especialidades de atención

La otra puerta del Cementerio General

como los otros hospitales, hasta el final de su funcionamiento en esos terrenos en 1999. Ese año, toda la actividad hospitalaria se cambió a nuevas y modernas dependencias que se ubicaron frente al antiguo hospital.

El lugar quedó abandonado y su futuro se veía casi seguro: la demolición. Múltiples intereses del mercado hacían previsible la desaparición del histórico recinto para ser reemplazado por proyectos habitacionales y comerciales. Pero las antiguas dependencias se salvaron de la demolición en el año 2000, gracias a un proyecto que contemplaba la restauración y conservación del lugar, constituyéndose en un centro cultural. Esto resultó sólo a medias. Muchas de sus salas y diversas secciones estaban deterioradas y en desuso, desde mucho antes del cierre del lugar que, al convertirse en centro cultural, siguieron así. Fácil era toparse con sectores a medio derrumbar y paredes llenas de graffittis. Incluso era posible encontrarse con camillas destruidas o colchones pudriéndose. Sólo algunas partes era usadas para terapias alternativas, para talleres comunitarios, pero bien poco se dedicaba a la conservación de los sectores estructurados de débil adobe que amenazaban con caer prontamente. Eso no bastó.

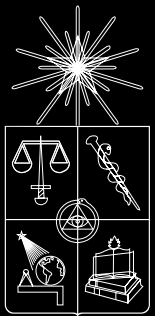
Aún con este panorama su fachada colonial sin ser demasiado imponente —pues el lugar era de un solo piso— seguía inspirando respeto. Todos sabían lo que esos muros habían atestiguado. Pero pocos sabían del valioso legado en su interior; ese legado en el que nadie quería invertir para su conservación. Se grabaron programas, se hicieron tours del terror y hasta se grabaron reality shows. Pero casi la totalidad del lugar permanecía en el olvido bajo la mentirosa chapa de “centro cultural”.

Tristemente, las que se volvieron cinco hectáreas faranduleras nunca volvieron a tener la utilidad de antaño. Ni siquiera cultural. Algunos de sus pasillos eran utilizados para actividades alternativas y místicas, otros, simplemente se llenaban de polvo como piezas de un museo que nadie se esmera por conservar. El terremoto del año 2010 terminó de derrumbar muchas de las secciones más antiguísimas. El sismo también deterioró otros lugares que antes habían sobrevivido relativamente bien al paso del tiempo.

Nadie se percató cuando una de las tantas empresas inmobiliarias que habían atestado el área circundante de nuevos y lujosos edificios decidió comprar los terrenos del antiguo Hospital. Nadie tampoco recordó la rúbrica ni los timbres que lo declaraban monumento histórico. Fue fácil conseguir un par de firmas y captar algo de apoyo estratégico para enfatizar en los beneficios sociales que generaría una venta como ésta.

Se pudo llegar a un buen acuerdo: ese terreno podía generar muchos recursos. La empresa constructora Campos de Cemento sabía esto y saboreaba los millones que se aproximaban, por lo que no escatimó en usar gran capital para pagar un precio acorde a las circunstancias. Se trató de mucho dinero que iría destinado, entre otras cosas, a mejoras en las instalaciones del actual hospital, a las arcas fiscales, al regalo de navidad del alcalde, a la compra de flores para difuntos huachitos sin visitas del Cementerio General y al bolsillo de uno que otro funcionario estatal que estuviera pasando por penurias económicas. De éstas, al parecer la primera tuvo algo de cierto y fue comentada y aplaudida por la opinión pública. Los otros destinos del dinero se volvieron un mito urbano, aunque todos saben que el alcalde pasó una muy feliz Navidad.

Todo desapareció, demolieron hasta a los míticos fantasmas. Lo único que queda del histórico lugar es la escultura de San José, santo que supo salvar su integridad arrancando al hospital que en la actualidad lleva su nombre.



Santiago en extinción

30 lugares amenazados por el tiempo